



ESTERCOLERO

José Elías Levis



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



ESTERCOLERO

JOSÉ ELÍAS LEVIS

Carmen Centeno Añeses
Presentación, edición y notas

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera
Volumen 4



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

José Elías Levis, *Estercolero*

Primera edición digital: 12 de enero de 2023

D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México

Avenida Universidad 3000

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., entre 44 y 46

Col. Industrial, 97150

Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Avenida Universidad 3000

Torre II de Humanidades, piso 3

Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,

Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4

ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. *Estercolero*: la visión social de José Elías
Levis Bernard en su narrativa obrera

Carmen Centeno Añeses 7

Estercolero

Un huracán terrible 33

I. Una porción de chiquillos 35

II. En aquel cuarto 49

III. Después del terrible huracán 93

IV. Por la mañana, cuando el sol envió su luz 121

V. Los años habían transcurrido 139

VI. En los días que se sucedieron al huracán 151

Noticia del texto 159

José Elías Levis. Trazo biográfico 163

PRESENTACIÓN

Estercolero: la visión social de José Elías Levis Bernard en su narrativa obrera

Carmen Centeno Añeses

Universidad de Puerto Rico en Bayamón

Introducción

En la esfera pública de fines de siglo XIX surgieron grupos que desafiaron las condiciones laborales generadas por la Revolución Industrial y el capitalismo. Esto provocó la emergencia de un proletariado que logró crear un movimiento internacional. Emergieron así nuevos intelectuales en toda América Latina y otras partes del mundo que divulgarían las ideas socialistas, lo que provocó el nacimiento de una contraesfera pública que organizó una vida cultural y social alternativa que tenía el propósito de cambiar la economía imperante en el mundo. Según Jorge Myers, en casi todos los países de la región surgía el intelectual militante de la revolución social.¹

¹ Jorge Myers, "Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX", *Historia de los intelectuales*

En Puerto Rico, como han destacado Ángel Quintero Rivera, Gervasio García y Rubén Dávila, fueron numerosos los proyectos de autogestión que éstos impulsaron: bibliotecas y círculos de estudio, cooperativas, casinos, casas de socorro, además de prensa independiente y alternativa. Esta última fue muy importante en la denuncia de las condiciones políticas y económicas que vivía el país.²

Literatura obrera

Un aspecto significativo de este movimiento fue el desarrollo de una literatura obrera, parte de una cultura más amplia,³ escrita por intelectuales gramscianos: obreros que

en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo, Jorge Myers (ed.), Argentina/España, Katz Editores, 2008, pp. 47-48.

² Ángel Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*, Río Piedras, Huracán, 1988. Gervasio García y Ángel Quintero, *Desafío y solidaridad: breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*, Río Piedras, Huracán, 1982. Rubén Dávila, *Teatro obrero en Puerto Rico (1900-1920). Antología*, Río Piedras, Edil, 1985.

³ Estas obras suscitaron el interés de los investigadores de la cultura, lo que aportó a que surgiera en Inglaterra la historia social de la que se derivan los estudios obreros, una de las tradiciones intelectuales más importantes de la Universidad de Puerto Rico. Ésta amplió el espectro de estudio cultural y literario centrándose en las aportaciones de los sujetos

habían aprendido a leer y escribir. La expansión del público lector en el mundo, apunta Martyn Lyons, amplió las posibilidades educativas, pero los obreros tuvieron que construir instituciones no oficiales en las que promovían la lectura o leían en sus centros de trabajo, especialmente en las fábricas de tabaco.⁴

La literatura obrera (novela, ensayo, poesía y teatro) pertenecía a una cultura que sostenía relaciones con las culturas hegemónicas, populares y subalternas, según apunta la mexicana Victoria Novelo en el libro *Historia y cultura obrera*.⁵ El antropólogo Juan Luis Sariego afirmó su carácter contestatario.⁶ En España Pilar Bellido ha sostenido que el arte proletario se define por su vínculo con el ilustra-

periféricos y sus producciones. En la década del setenta se inician estos trabajos con el libro *Lucha obrera en Puerto Rico* de Ángel Quintero Rivera, destacado sociólogo.

⁴ Martin Lyons, "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros", *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (dir.), España, Taurus, 2001.

⁵ Victoria Novelo, *Historia y cultura obrera*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1999.

⁶ Juan Luis Sariego, "Cultura obrera: pertinencia y actualidad de un concepto en debate", *La cultura adjetivada. El concepto "cultura" en la antropología mexicana actual a través de sus adjetivaciones*, Esteban Krotz, (comp.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 1993, p. 34.

do y su relación con el popular.⁷ Evidentemente hay un entrecruce entre lo popular y lo culto. Desde esta perspectiva los textos obreros poseen una gran complejidad, pues están atravesados por diversos elementos.

Los escritores obreros recurrieron a las estéticas realistas y naturalistas porque les facilitaron la producción de un discurso testimonial,⁸ de recuperación de la memoria de la opresión y de la miseria a la que estaban sometidos los trabajadores. Se apropiaron de esta forma literaria y abrazaron también el naturalismo, lo que radicalizó en consecuencia sus denuncias. Atado como está el género desde sus inicios al desarrollo de la época moderna, según Mijaíl Bajtín, entendemos que no es una contradicción que los obreros realicen una especie de asalto intelectual a esta forma literaria. La novela está imbricada a la palabra no oficial, como ha afirmado este teórico.⁹

⁷ Pilar Bellido, *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla, Alfabuara, 1993.

⁸ Miguel Ángel Náter señala en su obra *Historia y crítica de La charca* (San Juan, Tiempo Nuevo, 2015) que las primeras novelas naturalistas de Hispanoamérica comienzan a publicarse en la década de 1880. En Puerto Rico, el naturalismo se divulgó en el mundo mediático sobre todo por medio de las lecturas de Emilia Pardo Bazán y su visión de Émile Zola.

⁹ Mijaíl Bajtín, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1991.

La novela obrera en Puerto Rico

La pobreza de la Isla impidió un mayor desarrollo de las letras obreras, además de que existía una alta tasa de analfabetismo en el país muy superior a la de los países llamados desarrollados, hoy en día hegemónicos, como Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y la propia España. No obstante, la cultura y la literatura obrera producidas en Puerto Rico lograron captar la atención de otras esferas sociales a las que pertenecían escritores como José P. Terreforte Arroyo, quien dio a conocer *El calvario de un obrero* (1905), y Ana Roqué de Duprey, autora de *Sara la obrera* (1908). El periodista Ramón Juliá Marín se suma a estos con *La gleba* (1912). Los novelistas obreros que más se distinguieron fueron Santiago Valle con su obra *Magdalena* (1908) y Eladio Ayala Moura con la novela *El hijo de Carmen o Las aventuras de un obrero* (1909), junto a José Elías Levis Bernard quien escribió dos versiones de *Estercolero* (1899 y 1901), *Mancha de lodo* (1903), *Planta maldita* (1906) y *Vida nueva* (1909).

La novela obrera se caracteriza en Puerto Rico porque emerge en un ámbito marcado por la carencia económica, el sincretismo, las jerarquías existentes y el ambiente colonial. Nace en una época que se distingue por la incertidumbre ante la invasión de un nuevo poder político en el Caribe. La irrupción imperial se anunciaba como defenoso-

ra de la democracia y de la libertad. La pobreza aumentó en la isla caribeña debido a la Guerra Hispanoamericana. Después de ésta, el 8 de agosto de 1899 el ciclón San Ciriaco destruyó numerosas cosechas de café y otros frutos. Quebraron los hacendados y los pequeños agricultores. La economía puertorriqueña sufrió graves daños y el deterioro social fue inmenso. Un testigo de la época, Román Aráez y Ferrando, escribió el libro *Historia del ciclón del día de San Ciriaco* en el que presenta, mediante estas palabras, las terribles circunstancias de los puertorriqueños tras el paso del huracán: “Arrasados los hogares y las sementeras; el comercio, la agricultura, las industrias todas paralizadas o destruidas; los braceros, condenados a la inacción más completa y sus pobres familias bajo el azote de la miseria. No puede darse cuadro más aflictivo, y ese es el que presenta hoy nuestra hermosa e infortunada Borinquen”.¹⁰

Al igual que Román Aráez y Ferrando, Levis Bernard presentó de forma pormenorizada los efectos devastadores del ciclón. Es quien escribió el mejor recuento literario de las condiciones en que se quedó el archipiélago.

Apropiación del realismo y del naturalismo

Los historiadores de la literatura puertorriqueña, Cesáreo Rosa Nieves y Josefina Rivera de Álvarez, sostuvie-

¹⁰ Román Aráez y Ferrando, *Historia del ciclón del día de San Ciriaco*, San Juan, Imprenta *Heraldo Español*, 1903, pp. 75-79.

ron que Levis Bernard era naturalista. El naturalismo de Émile Zola y sus seguidores influye en la producción literaria de la Isla a fines de la década de 1890. En ocasiones la línea divisoria entre realismo y naturalismo fue muy fina, como lo ejemplifica la obra canónica de Manuel Zeno Gandía, *La charca*, a la que Levis Bernard alude en la primera versión de *Estercolero*. En ella expresa abiertamente su vínculo con éste: “Es *La charca* donde coloca el ilustre novelista Zeno Gandía, las ‘Páginas de un mundo enfermo’; el estercolero donde se agitan como gusanos el vicio y el desorden convertidos en materia que hiede y trasuda el veneno de su organismo; pantano de aguas cenagosas y podridas”.¹¹

Sabine Schlickers, en *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*, sostiene que este tipo de narración cumplió distintas funciones en los países hispanoamericanos y advirtió que el naturalismo y el positivismo compartieron ideas racistas.¹² El naturalismo fue parte de una particular visión científica impulsada por el positivismo que se materializó en una estética que tenía como eje lo esca-

¹¹ José Elías Levis, *Estercolero*, Ponce, Imprenta de Manuel López, 1899, p. 13.

¹² Sabine Schlickers, *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*, Fráncfort/Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2003, p. 14.

tológico y los elementos más sórdidos de la sociedad. Cumplió una función social destacada en la modernidad cuyo lado sombrío era escondido por medio de la retórica del progreso, la proliferación de periódicos, las invenciones como el ferrocarril, la fotografía, el barco de vapor y la construcción de nuevos mapas territoriales.

La descripción es un recurso muy importante para los naturalistas que propulsaron una estética que destacara lo decadente y las excrecencias guiados por una visión cientifista con el fin de presentar evidencia de su hipótesis sobre lo social. Esto se ejemplifica con las siguientes citas de la segunda versión de *Estercolero*:

Algunas mesas cubiertas con pedazos de hule que dejan ver por algunos agujeros la suciedad de las tablas; largos bancos de madera, único y duro asiento, pacientes testigos de aquella decoración de la miseria; desgarrados sacos de heniqué, cortinaje burdo y grosero colgando de un extremo a otro, especie de andrajo de la porquería, es lo que primero insulta los ojos del que allí penetra.

Las paredes no se blanquean en mucho tiempo; ennegrecidas por el humo de las lámparas de gas, grasosas, sucias, asquerosas, dejan ver por algunos trozos desconchados los ladrillos; en algunas partes hay muñecos mal dibujados, palabras indecentes, nombres de personas desconocidas, números, pedazos de anuncios viejos, señales

de manos tiznadas y densa cortina de telarañas colgando del negro tabique como encajes de adorno en todo lo que significa suciedad y abandono.¹³

En la novela de Levis predomina la visión social, como ha señalado Barbara Foley en *Radical Representations* sobre los autores obreros estadounidenses,¹⁴ pues su mayor interés es presentar el entretendido de las experiencias de distintos personajes, aunque haya uno distinguido como héroe. Deja ver de esta forma la polifonía que define al género novelístico. Es ésta la razón por la que sus obras siguieron al realismo y al naturalismo mediante un eclecticismo estético signado por la invasión, la censura a los periódicos, el militarismo, la pobreza y el huracán.

La novela Estercolero

SOBRE LAS EDICIONES DE *ESTERCOLERO*

Proveniente de las prensas de Manuel López, la primera edición de la presente novela corta se dio a conocer con el nombre de *El estercolero* en la ciudad de Ponce, Puerto Rico, en 1899. Tras un par de años de revisio-

¹³ José Elías Levis, *Estercolero*, Mayagüez, Imprenta El Progreso, 1901, pp. 3-4.

¹⁴ Barbara Foley, *Radical Representations. Politics and Form in U.S. Proletarian Fiction. 1929-1941*, Durham/Londres, Duke University Press, 1993.

nes y reescritura, José Elías Levis decidió publicar una segunda versión de ésta en 1901; en aquella ocasión optó por establecer el título con el cual se ha registrado desde entonces en los catálogos bibliográficos: *Estercolero* (Mayagüez, Imprenta El Progreso).

En 2008, Ediciones Puerto, en San Juan, Puerto Rico, reunió ambas versiones en el volumen *Las novelas: El estercolero (1899); Estercolero (1901)*. Este trabajo incluyó un estudio crítico de Estelle Irizarry (1937-2017). Carmen Centeno Añeses fue invitada a preparar una edición en 2008 para la Universidad de Puerto Rico. Esta labor se basó en la versión de 1901. Asimismo, se añadió el prólogo de Tomás Carrión (1870-1920) para la edición de 1899.¹⁵

LA CIUDAD DE *ESTERCOLERO* Y SUS PERSONAJES

En *Estercolero* la ciudad es el espacio en el que se describen los estragos ocasionados por el ciclón San Ciriaco. La novela se focaliza en sujetos que provienen del mundo obrero y de la periferia social, representándola como un lugar dantesco. Reina el caos en esta ciudad infernal en la que habitan menesterosos,¹⁶ sujetos disfuncionales,

¹⁵ Para una revisión detallada de las ediciones de *Estercolero*, consúltese la “Noticia del texto” al final de la presente edición.

¹⁶ En la obra “Imagen de la ciudad en la literatura hispanoamericana y chilena contemporánea” [Tesis de doctorado,

prostitutas, mujeres maltratadas, adictos a drogas a los que llama morfineros; y campesinos que se desplazaron a ella debido al mencionado fenómeno meteorológico, creando un gran contraste entre los sujetos que se congregaban en este espacio:

¡Qué tremendo escenario! El hambre y la miseria empujaron a las poblaciones, a los que se morían en el campo; caravanas enteras de gentes desvalidas invadieron las calles; venían llorando, temerosos aún, como si todavía los persiguiese el desastre; contaban cosas tremendas ocurridas ante ellos, se recordaban escenas de una ternura y valor sublimes, tragedias que quedaron ignoradas y toda aquella infeliz gente se agrupaba en los portales, en las escaleras, en cualquier rincón donde cupiesen, y de noche echados en las aceras, la luna alumbraba sus pobres cuerpos acostados en la calle, temblando alguno de fiebre, mientras lloraban los chiquillos y humeaban algunos leños mal encendidos para hacer una mala sopa que hervía en medio de la calle (99-100).¹⁷

Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2006), Christian Cisternas Ampuero distingue varias visiones de la ciudad: la infernal y apocalíptica; la esplendorosa de los imperios; y la ciudad como cuerpo. Disponible en: <<https://bit.ly/3zISVRQ>>, [consulta: octubre de 2022].

¹⁷ A partir de aquí, cito entre paréntesis por la presente edición.

En su descripción naturalista apunta que los caminos estaban obstruidos, las calles llenas de escombros, las ramas de los árboles desgajadas, todo lleno de basura y fango. Los sujetos que transitaban por las calles después del ciclón eran “viudas, huérfanos, locos, desesperados, mendigos”, una humanidad que caminaba entre deshechos y ruinas.

Son tres los personajes principales: Pedro Carré, Colina y Puchita. Este último es obrero y es el personaje a quien el autor implícito concede mayor autoridad moral en la obra. Levis representa textualmente a Carré como un albañil que profesaba unas creencias similares a las del cristianismo despojado de artificios,¹⁸ capaz de crear un proyecto social que trabajará un nuevo orden de progreso más inclusivo que el capitalismo prevaleciente. Mediante su descripción, el autor resalta la presencia mulata en la población puertorriqueña y su sincretismo racial.

¹⁸ Hay que recordar el análisis de Rafael Díaz Salazar, quien observa, en su libro *La izquierda y el cristianismo* (Madrid, Taurus, 1998), que la religiosidad cristiana ha sido un elemento intrínseco del socialismo desde sus inicios y, asimismo, destaca que ha habido una secularización de este pensamiento. El socialismo cristianizado de Levis también se cultiva en la obra del líder obrero y periodista Ramón Romero Rosa. Según el sociólogo Ángel Quintero, éste se adelanta a algunos planteamientos de la teología de la liberación.

La existencia de un héroe no quiere decir que las acciones de la novela giren en torno a éste. Es un texto que tiene una diversidad de personajes. Las obras narrativas de Levis Bernard no tienen como centro el mundo interno de los actantes, ya que privilegia las relaciones sociales. En su primer capítulo puede apreciarse esto desde los comienzos de la narración en el bodegón, en su descripción y en la de las relaciones humanas, especialmente la representación de la violencia contra la mujer, tema recurrente en la obra. Una prostituta joven, Colina, que se encuentra en este escenario, es agredida por su amante en este lugar al que concurren borrachos y al que llega una niña solitaria llamada Puchita.

El segundo capítulo es dedicado a la vivienda de Colina, un patio rodeado de cuartos en los que predominaba el hacinamiento. Su propósito es colocar en escena personajes que viven en la miseria, en el *ghetto* social.

¡Qué patio aquél donde vivía! Era un fanguero donde respiraba una muchedumbre hacinada allí como un montón de carne que se podría, abigarrada colección de seres humanos oliendo a humedad, a moho; gente enferma que llegaba al fin, al desenlace, con una historia y un pasado igual, su vida no era más que un encogimiento de hombros; humanidad embrutecida en la monotonía eterna; caravana que se va, sin haber vivido (51).

Los habitantes de este sitio son personas de bajo nivel socioeconómico, pertenecientes a las esferas inferiores de la sociedad: Ma Lalá, lavandera y planchadora; doña Vicenta, vendedora de frituras; Paco el morfinero; mujeres de pocos controles emocionales como la Ratona, la Pelona, la Roperito; Cristina, quien maltrata a su hija, entre otros que vivían en la miseria. A éstos se unen otras figuras como Domingo Pariche, dueño de una fonda; Bella la campesina; y Alberto Carriche, jugador y abusador de mujeres, además de los anteriormente mencionados.

EL CICLÓN SAN CIRIACO Y SUS EFECTOS

El tercer capítulo se dedica al ciclón San Ciriaco, que pasara por la Isla al año de la invasión estadounidense durante la Guerra Hispanoamericana y sus efectos en la población, especialmente en la ciudad. En éste el novelista enfatiza la miseria, la desesperación y el dolor del pueblo después del huracán.

¡El 8 de agosto fue terrible!

Parecía un tremendo duelo de los elementos que luchaban destruyendo abajo. Los añosos troncos se doblaban impulsados por aquellos salvajes empujes; el furioso aguacero quemaba las carnes y los vientos parecían poseí-

dos de rabia; el pueblo se arruinaba, y el hundimiento de las casas arrancaba gritos humanos de desesperación que se mezclaban con los salvajes gritos de la tormenta. Aquello era hermoso y terrible (95-96).

Levis Bernard condena en este capítulo la invasión de Estados Unidos de forma metafórica y velada debido a la censura: “Entonces otro pueblo que acababa de llegar en son de guerra [...se apoderó de Puerto Rico]” (104). Por eso apunta que un pueblo de pelo rubio le daba una limosna a los afectados por el ciclón. No menciona el nombre del lugar de la Isla donde se produce la acción. Le llama Galonia, pero, en la continuación del libro, la narración *Mancha de lodo*, la ciudad de Ponce es nombrada lugar de los sucesos.

Ya había mencionado en el capítulo dos a los adictos a drogas, entre los que se encontraban varios personajes como Paco el morfinero y la esposa de Domingo Pariche. En el tercero los destaca nuevamente con el propósito de resaltar el estado de salud de parte de las clases populares, pues el ciclón había empeorado la situación de los adictos. Eran muchos los aficionados al vicio y su estado era precario, como Levis Bernard describe:

Llenos de llagas, flacos, casi esqueletos semejantes a momias, con la piel pegada a los huesos acababan por caerse a peda-

zos y morir presa de los mayores dolores sintiendo cómo los gusanos se agitaban en sus úlceras. Habían sido jóvenes, elegantes unos, obreros infatigables y honrados otros; bellezas femeninas, mujeres de hermosa presencia, pobres y ricas, jóvenes o viejos, dominados todos por el dulce éxtasis que les hace soñar cosas agradables como los borrachos del opio, semejabán una caravana de leprosos, desnudos, llenos de llagas, repugnantes, deformes, asquerosos (114-115).

LA PRESENCIA JÍBARA

El jíbaro, figura proveniente del mundo campesino, está presente en *Estercolero*, en cuyo escenario principal, la ciudad, circula, pues acude buscando refugio tras los efectos del ciclón. Desde el comienzo de la narración el autor alude a los carreteros y sus bueyes. Levis se refiere a los campesinos, en Puerto Rico conocidos como jíbaros. La propia Colina, uno de los personajes principales, proviene del campo. La presentación de este sujeto en las letras puertorriqueñas data del siglo XIX y se fue convirtiendo en un ícono identitario textualizado de manera ambigua en cuanto a su nivel socioeconómico, como ha observado José Juan Beauchamp.¹⁹ La palabra

¹⁹ José Juan Beauchamp, "La literatura de la crisis social y cultural de la identidad nacional puertorriqueña (1925-1949): un ensayo de apertura", *22 Conferencias de literatura puertorriqueña*, Edgar Martínez Masdeu [ed.], San Juan, Ateneo

jíbaro, sin embargo, no aparece con frecuencia en el libro. Lo mismo sucede en *La charca* de Zeno Gandía, lo que puede entenderse como una forma de distanciarse del criollismo. En la obra de Levis Bernard el paternalismo de Zeno Gandía mencionado por Juan Gelpí con respecto al jíbaro es superado.²⁰

Es una mujer campesina o jíbara la que describe el autor detalladamente, exponiendo un cuadro que nos recuerda al presentado por Manuel Alonso, autor de *El jíbaro* en el siglo XIX:²¹

Ella era un tipo vulgar de mujer de campo, un resto de belleza ajada en los trabajos fatigosos y la vida ruda y pobre. Cuando era joven, que bajaba al pueblo los días de fiesta con la cabeza llena de flores que agrupaba sobre sus cabe-

Puertorriqueño, 1994, p. 338. Este afirma que la palabra jíbaro ha sido ambigua y falta de una especificidad absoluta. Por lo general excluye al gran propietario rural. Lo sustancial es que se refiere a un habitante del campo, al jíbaro jornalero, agregado o minifundista pobre. En algunas obras se hace alusión a un jíbaro adinerado o hacendado. Por eso el término en ocasiones ha sido equívoco.

²⁰ Juan Gelpí, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1994.

²¹ Manuel Alonso, *El jíbaro*, Eduardo Forastieri (ed. crit.), San Juan, Academia Puertorriqueña de la Lengua Española / Plaza Mayor, 2007.

llos grasosos, el cuello rodeado de cuentas de vidrio y perlas sin brillo, en las orejas zarcillos largos de piedras azules, el vestido cargado en lazos de colores fuertes, el talle subido hasta casi bajo los brazos, los pies descalzos, el pañuelo salpicado de perfumes baratos y el aire y el andar inarmónico, ondeante, acostumbrada a andar largas jornadas a pie y trepar como cabras a los montes cuando llega la cosecha y se busca en las alturas medio escondido entre los árboles, casi perdido, suspendido a veces sobre un abismo, el rancho de yaguas, mísero bohío que no parece vivienda humana (108).

En el tercer capítulo se menciona a Bella, la jíbara, de la cual quiere abusar un grupo de hombres si no es por la intervención de Pedro Carré, representado por el escritor y pintor como ejemplo de solidaridad, de una ética secularizada, “un alma justiciera” que buscaba la igualdad entre los seres humanos, que amaba a los oprimidos y odiaba la opresión (37). Es el obrero Pedro Carré quien auxilia a Bella y a su hijo llevándolos a pasar la noche al hogar de Colina y Santiago.

El cuarto capítulo se inicia con Colina, quien proviene del campo, y tiene un papel protagónico al comienzo de la narración. En una retrospectiva recrea su pasado campesino y lo que sufrió en él debido a la pobreza y a su condición de mujer. Se encuentra con su hija adoptiva,

Puchita, y ambas auxilian a un hombre llamado Santiago Golmán que estaba enfermo. Más adelante, Colina y éste se casan por lo civil aconsejados por Pedro Carré. El matrimonio no era favorecido por el pueblo. Esta postura de Carré, presentada por Levis Bernard, estaba en acuerdo con las disposiciones de los estadounidenses, favorecedoras del matrimonio legal, según Eileen Suárez Findlay en su libro *Imposing Decency*,²² pero era ajena a las tradiciones ortodoxas de la iglesia católica.

En el capítulo cinco vemos a Puchita convertida en una adolescente enamorada de Javier Lacroix, hijo de un hombre de negocios descendiente de franceses. Las diferencias sociales terminan separándolos. Definitivamente, el autor le ha dado una gran importancia a la vida que llevaban las mujeres en esta época.

EL GÉNERO EN *ESTERCOLERO*

El tema de la mujer sobresale en *Estercolero* y su sujeción a la cultura patriarcal en un contexto heteronormativo. La mujer prostituta es enfocada en gran parte del primer capítulo, que presenta a un hombre que agrede a una mujer con la que está riñendo. Levis Bernard cuestiona la moral tradicional al destacar con ironía el maltrato físico

²² Eileen Suárez Findlay, *Imposing Decency. The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920*, Durham/Londres, Duke University Press, 1999.

a las mujeres en el bodegón y expone cómo se equiparan por su conducta las distintas clases sociales. En su praxis escrituraria testimonia la degeneración como distintivo de los ricos.

En otra escena de la obra Carré ayuda a una mujer, Bella, que llega a la ciudad, después de haber sido maltratada en el campo. Éste la ayuda a encontrar alojamiento y personas que le brinden auxilio. La sociedad binarista en la que se desenvuelven los personajes es representada por el autor y pintor, Levis Bernard, como cruel con las mujeres, los niños y los pobres.

El sexto capítulo tiene como espacio la casa de Santiago y Colina. Allí llegan obreros e incitan a Santiago a partir a Hawái en busca de trabajo. Éste estaba desesperado por haberse quedado sin recursos económicos tras el paso del ciclón. Al final de la novela, Carré se asoma a su puerta y contempla a los trabajadores que caminan por la ciudad pregonando su ida a Hawái por la extensión de la miseria, la reciente invasión y el ciclón San Ciriaco. Con voz emocionada expresó: “¡Ve, pueblo, anda, ve, pueblo, camina! Ah, patria, rincón querido, fragmento bendito, ojalá que pronto brille para ti el sol de la justicia, que el trabajo y el bienestar hagan de ti el jirón más feliz del universo, santificado por la democracia verdadera y la libertad bendita” (156-157).

Reflexión final

Esta novela del puertorriqueño José Elías Levis Bernard nos invita a repensar el papel protagónico que como ideólogos cumplieron los trabajadores en las comunidades, como se aprecia en las actuaciones del albañil Pedro Carré. Éste encarna, además, una nueva masculinidad que no busca ejercer el poder sobre las mujeres. Suárez Findlay ha destacado que los novelistas obreros, a pesar de algunas idealizaciones sobre éstos, fueron más liberales que los autores profesionales.²³ Éste es el caso de Levis Bernard y “su audaz defensa de las mujeres”.

Sus últimas palabras reflejan un sentido identitario que no se ha enfatizado en los estudios obreros. La censura ejercida por Estados Unidos hizo que los periodistas y autores escribieran de forma velada y así éstos emplearon la literatura como medio de resistencia. El cierre de periódicos por la censura del régimen era frecuente.

Levis Bernard no sólo elaboró una novela obrera, sino un texto que imbrica un buen número de personajes y de temáticas como el imperialismo en su fase inicial, cuando se extendió por el Caribe; la ciudad y el campo, la devastación, la concepción del jíbaro y el daño ambiental ocasionado por el ciclón San Ciriaco, la moral vigente, el estado de las mujeres y de los sujetos

²³ *Ibid.*, p. 146.

periféricos o subalternos. El valor de la misma reside en esta junción de elementos y en la escritura anticanónica que no permitió que los efectos del ciclón, el colonialismo y la autoridad patriarcal pasaran desapercibidos en el corpus literario y en el imaginario de Puerto Rico y del Caribe.

ESTERCOLERO

Un huracán terrible pasó como una maldición. Devastó los campos, arrancó los árboles, destruyó, y cuando se alejó su salvaje soplo, el sol sólo alumbró ruinas...

Muchas viudas y niños huérfanos lloraban su desgracia y su miseria.

Para ellos escribí *Estercolero*.

Levis

I

Una porción de chiquillos y gentes de mal vivir; desarrapados, sucios, con las greñas largas cayendo sobre las frentes, sin sombreros casi todos, de aspecto patibulario y con caras de hambre, se habían agrupado a la puerta del bodegón, riéndose a carcajadas, chillando, empujándose, huyendo del repentino aguacero.

El pueblo, un pueblo de nombre femenino, Galonia; un bello montón de casas extendidas a ambos lados de la carretera que sirve de calle, llena de polvo, reseca tanto tiempo por el sol del estío, pisoteada eternamente, alegre siempre por el estruendo de los carros que pasan dando saltos, y los gritos de los muchachos.

A veces, pasa de largo un coche lleno de viajeros adormilados con la gorra de viaje echada sobre los ojos, y al ruido de las campanillas que llevan en el cuello los pobres caballos flacos por la seca, ladran furiosamente los perros realengos y el coche se aleja entre una nube de polvo contoneándose sobre las piedras del camino.

Ahora un recio aguacero llegaba zumbando, furioso, interrumpiendo la aridez de la terrible sequía, y la calle se perfumaba con ese olor que despidе la tierra húmeda.

Nada más común en todos los pueblos que el bodegón donde se habían guarecido aquellos pillastres. Casas de comidas, los pobres encuentran por algunos centavos un plato con qué engañar un poco su eterna hambre.

Algunas mesas cubiertas con pedazos de hule que dejan ver por algunos agujeros la suciedad de las tablas; largos bancos de madera, único y duro asiento, pacientes testigos de aquella decoración de la miseria; desgarrados sacos de jenuquén, cortinaje burdo y grosero colgando de un extremo a otro, especie de andrajo de la porquería, es lo que primero insulta los ojos del que allí penetra.

Las paredes no se blanquean en mucho tiempo; ennegrecidas por el humo de las lámparas de gas, grasosas, sucias, asquerosas, dejan ver por algunos trozos desconchados los ladrillos; en algunas partes hay muñecos mal dibujados, palabras indecentes, nombres de personas desconocidas, números, pedazos de anuncios viejos, señales de manos tiznadas y densa cortina de telarañas colgando del negro tabique como encajes de adorno en todo lo que significa suciedad y abandono.

Sobre un cajón que sirvió para contener latas de gas, se exhibe una pequeña batea donde, sobre algunos pedazos de papel de estraza, hay, puestos en montones, algunos pes-

cados fritos de mal aspecto, sin cabeza casi todos y que da pena ver allí; rebanadas de batatas cocidas, plátanos, y pedacitos de hígados de cerdos, tripas, cosas que se venden y se comen; todo ennegrecido, grasiento, frío, repulsivo, despojos de las carnicerías, pingajos repugnantes de mal olor, cuya manteca helada los cubre de una capa blanquecina, y donde mete las manos de cuando en cuando un chiquillo desnudo, de cara sucia y nariz llena de mocos.

En la cocina, que no es más que cajones llenos de tierra y anafes rotos, chirrea, dentro de una negra sartén, un guiso de penetrante olor mezcla de ajos y aceites, saturando la atmósfera de aquel infierno con honores de bodegón.

Sobre el suelo que más bien parece el suelo de inmundo calabozo, la tierra ha formado una capa, y en un rincón hay tirados algunos líos de ropa, monturas de caballos, sombreros sin formas, y un viejo paraguas salpicado de barro, que destila agua.

En otro rincón, un borracho echado en el suelo, manchada la cara con saliva de tabaco, se muerde la boca, haciendo crujir los dientes, murmurando frases incoherentes, palabras sordas, murmullos roncos, estúpidos como su borrachera.

Algunos han cruzado los brazos sobre la mesa y, doblando la cabeza sobre los brazos, roncan estrepitosamente. Afuera, en la calle, el aguacero arrecia; unos

salen, otros entran, las mujeres llevan demasiado alzados sus vestidos importándoles poco enseñar las piernas, se acercan a lo que parece llamarse cantina, compran dos o tres centavos de ron y vuelven a salir dejando sobre el sucio suelo las húmedas huellas de sus pies.

Algunos hombres se han cubierto con levitas viejas, y pasan corriendo a lo largo de las aceras donde el agua cantaletea en las cunetas, arrastrando conchas de cocos, basuras y pedazos de tablas. En otro extremo del bodegón, tres carreteros apoyados en sus garrochas, mojados hasta los huesos, tiritando de frío, fuman húmedos e infames cigarros que no quieren arder, mientras los pobres bueyes quietos, soportando humildemente el peso de la carreta, resuellan fuertemente, y sobre su rugosa piel, que ostenta algunos hilos de sangre, el agua resbala suavemente sin humedecerlos cayendo y confundándose en la encharcada calle.

En el bodegón se bebe; hace frío, la ropa está pegada al cuerpo y es preciso beber.

El cuadro de siempre, la decoración eterna; mujeres que charlan y hombres que beben, carcajadas y voces, lenguas pesadas y ojos que reflejan la borrachera, el desorden humano digno del escenario mugriento donde zumbaba un centenar de moscas revoloteando en aquella atmósfera que bebía el vicio. Son los eternos actores; ellos, la vida vulgar, y ellas, la vida alegre de final triste.

Las ropas descuidadas, peinadas de cierto modo, cruzadas las piernas, ostentando en todo su ser ese aspecto propio de la *cocotte*, recostadas las sillas, echando al aire bocanadas del humo de los cigarrillos, los ojos chispeantes en aquellos rostros pálidos fatigados por los excesos, babeados y lamidos por impúdicas caricias, ríen como unas locas.²⁴

—¿No bebes tú, Pepela?

—No, no quiero más.

—Si no lo quieres, te lo hecho encima.

—¿Estás borracho?

Y se fue a la ventana, se echó de pechos sobre ella y suspiró luego, mirando el agua que caía en el patio lleno de tablas, ropas colgando sobre la empalizada que se caía de puro vieja, y barriles llenos de basura.

—¿Bebes, o te pego?

Y le acercó el vaso a la cara. Era un guapetón, un perdido, de ojos saltones y puños fuertes; el tipo callejero que figura en todos los escándalos; el hombre de la casa de juego, el garito y la cárcel; la chusma pobre que se codea con la chusma rica.

²⁴ Los escritores naturalistas cultivaron la descripción como parte de una estética que presentaba los sujetos decadentes, alcohólicos, enfermos, periféricos o alejados del poder, la miseria cotidiana; interés guiado por una visión que partía de una supuesta objetividad aliada de lo científico. Éste es uno de los recursos más empleados por Levis Bernard a lo largo de la obra *Estercolero*.

—¿No bebes?

—No.

—¡Pues, toma!

El licor le bañó el rostro con fuerza como una bofetada, como un insulto o una saliva arrojada a un rostro que se desprecia peor que un estropajo inútil, agrietado por tantos dedos humanos.

Fue un insulto, sí, un insulto a la pobre mujer que no quería beber más; un golpe de licor tirado al rostro que se besaba lo mismo que se insultaba; un insulto más del amante habituado a eso, como actor del desorden que hace bien su papel de perdelario.

Ella dio un grito, un grito de sorpresa porque el licor le quemó los ojos, y se volvió furiosa contra él, arañándolo, estrujándolo, mezclados ambos como dos miserias que combaten, insultándose, luchando entre los demás que querían apartarlos acompañados del alboroto, el tumulto, los asientos que rodaban al suelo y los vasos que se rompían, la algazara, la risa, el desorden, las palabras groseras y los golpes...

Después aquello pasó como pasa todo; los separaron, los echaron a un extremo, mirándose ambos, con la respiración cortada, las ropas desgarradas, el pelo desgreñado, el rostro pálido manchado de sangre.

Ella se echó a llorar.

—Eso... Con eso me pagas... los favores que me debes... Te emborrachas... para pegarme... ¡Ingrato!

Y sollozaba con fuerza, como si el dolor la ahogara; lloraba porque tenía un nudo en la garganta, porque sentía una cosa que la hacía llorar. Echada en el rincón donde la habían empujado los otros; la cara escondida entre las manos, el vestido en desorden, las flores y las peinetas que antes adornaban su cabeza, pisoteadas en el suelo, rotas, y mientras los demás se reían, ella se mordía las manos y golpeaba su materia ya que no podía golpear el espíritu.

¿Iba acaso a llorar mucho tiempo?

No, está acostumbrada a eso, le hace falta y quizá lo busca porque le agrada que él le pegue, que él la insulte para después quererlo más porque la maltrata.

Se le acercó con mimo, mirándolo de cierto modo, y lo besó ansiosa, enamorada, con ese amor salvaje y extraño. Tenía aún los ojos enrojecidos, la cara llena de sudor y las pestañas húmedas... El licor cayó de nuevo en las grasosas copas, se volvió a beber, se limpió el hule de la mesa con una toalla sucia, cochambrosa, y volvieron las risas, la bullanguería y los azulados jirones del humo de los cigarrillos.

Esta charca, el estercolero donde se agitan como gusanos el vicio y el desorden²⁵ convertidos en materia

²⁵ *La charca* de Manuel Zeno Gandía (1855-1930), publicada en el 1895, es mencionada en el texto, pues se constituyó en

que hiede y trasuda el veneno de su organismo; pantano de aguas cenagosas y podridas donde la humanidad no tiene inconveniente en bañarse. Es que el mal va siguiendo paso a paso las evoluciones de la vida; es que va fundiéndose, salpicando con su lodo las contorsiones del progreso humano; es que insulta y se ríe a carcajadas burlescas.

Tirada al basurero social sobre el que arrastra las colas de sus vestidos, la mujer pública camina orgullosa y despreciativa. ¿Qué idea tiene de sí misma ni de lo que la rodea? ¿Lo sabe ella acaso?

¿Ha sido mala porque sintió el vicio culebrear dentro de su esqueleto y de caída en caída cayó en la vorágine del mal? ¿Piensa o siente? ¿Camina, atraída por el caos de su vida o escucha gritar algo dentro de sí?

Ella sabe que se le compra, y ha puesto tarifa a sus besos y a sus caricias; ella sabe que se le desprecia y se

modelo de escritura para los autores realistas y naturalistas. Josefina Rivera de Álvarez, en su libro *Literatura puertorriqueña. Su proceso en el tiempo* (Madrid, Ediciones Partenón, 1983), ha señalado que en el realismo y el naturalismo se destacaron Carmela Eulate Sanjurjo (1871-1961), Matías González García (1866-1938), Manuel Zeno Gandía, Ramón Juliá Marín (1878-1917), Félix Matos Bernier (1869-1937) y José Elías Levis (1871-1942). Fue, sin embargo, González García el primero en escribir una novela claramente naturalista: *Cosas* de 1893.

venga luego de ese desprecio; combate, y para combatir tiene un corazón seco y frío que no ama.

¿Qué le importa que la llamen con cualquier nombre? Se encoge de hombros, se corta el pelo, pelea, se emborracha y devuelve a la sociedad su insulto.

Desprecio por desprecio.

Es un pasado sombrío, tremendo. Un panorama salpicado de miserias. ¿Vale la pena recordarlo? La infancia, los primeros años, el recuerdo de la niñez la maltrata a veces y habla de cuando era inocente, de su vida de miserias creciendo entre el desorden, los malos tratos y las palabras duras, teniendo envidia en su alma de mujer, ansiando tener cintas y lujo. Se pregunta por qué no se defendió del vicio, por qué no luchó para ser buena siempre, por qué no huyó del crimen y el desorden, y cuenta cómo la empujaron, y cómo la hicieron mala, cómo contrariaron sus amores, cómo soportó insultos, y maldice también, y apostrofa el pasado y quisiera aún regenerarse, salvar algún fragmento del naufragio de su alma corrompida creyendo que aún pudiera ser honrada y feliz, y al palpase ajada, golpeada, insultada, embrutecida, abandonada siente que las lágrimas le llenan los ojos, y llora pero llora un momento, un instante, y vuelve a reír, vuelve a ser loca, vuelve a su papel, y se enjuga los ojos y llena su rostro de polvos

perfumados dispuesta a seguir rodando como una pelota de fango que se desliza por el plano inclinado de las miserias humanas.

¿Nació para ser siempre mala?

No, hay algo de fatal, algo de huracán, algo salvaje que a puntapiés la empujó al lago, al charco, al pantano. ¿Hay quien quiera salir de la embriaguez del delirio?

En la charca se revuelcan con ella, se enfangan con ella entre risotadas y escándalos. Van con ella, y ella se deja empujar mareada por el vértigo, sin valor y sin fuerzas para detenerse. Salir del pantano es el triunfo. La infancia pasó y la juventud se precipita.

¿Qué mano la empujó por primera vez?

Una caída fue lo bastante como el vicio cuando se paladea una vez siquiera. Primero, el olor del perfume, la dicha falsa soñada eternamente, el espíritu grosero habituado al relampagueo de la vida; después la tragedia, el drama, las escenas donde se encallece el corazón y se amortajan los sentimientos.

Llegó hasta allí, y sigue, sigue. El abismo la atrae; el abismo es la miseria, el organismo cansado, enfermo, envejecido prematuramente, el abandono, la soledad, la tisis... ¡Oh! ¿Se prefiere el final? ¿Se quiere llegar ahí? La cima es oscura y tenebrosa; detenerse es el triunfo del espíritu sobre la carne.

¿Aman? ¡Quién sabe! ¿Cree nadie en ello?

Es un jirón de la comedia humana, una escena a descaro del drama encubierto en el gran teatro; actrices que arrojan al arroyo los latidos de la ternura, para sentarse en los peldaños del fingimiento, para reír siempre en el carnaval eterno, en la alegría falsa de la vida, en el codeo eterno. Reír mientras se es mariposa, y no quemar las alas doradas el soplo candente, como mosca de oro que zumba entre los bibelots, porcelanas, encajes, música, perfumes y besos.

¡Si fuese madre! Si fuese madre tal vez se detendría, tal vez encerraría en ese sentimiento la verdad de sus afectos que creía perdidos, sería para ella urna de oro capaz de guardar los últimos fragmentos de su fe.

El ruido la embriaga, la electriza, la atrae. Parece como si quisiera aturdirse cantando, charlando, bromeando, y siempre con el cigarrillo en los labios, en todas partes es siempre la misma, alegre, bullanguera, cínica, atrevida, coqueta...

La alegre algazara continuaba en el bodegón, y al ruido agrupábanse los curiosos chorreando agua, humedeciendo el sucio suelo con sus zapatos enchumbados.

Una chiquilla de pocos años, de aspecto enfermizo y hambriento, desgreñada, vistiendo unos guilinchos desgarrados, mojadita y temblando de frío, se había acercado hasta la mesa cogiendo de cuando en cuando pedazos de pan que mordía con deseo. Aquella carita

sucia tenía perfiles delicados, correctos; ojos azulados, anémicos, velados por negras pestañas; unos hoyuelos sobre las mejillas, cerca de una boquita sin carmín y sin vida, daban cierto realce gracioso a aquella infeliz criatura triste y bella, pálida como una estatua de alabastro.

La inocencia de la infancia arrojada como un guiñapo al lodo de la calle; la hija de la miseria, concebida entre trapos una noche de borrachera; la chiquilla anémica enviada a pedir limosna,²⁶ enseñada a extender la mano descolorida a los transeúntes, entristeciendo la voz y la carita sucia; flor sin perfume que se marchita al calor del manoseo y la palabra grosera, la niñez insultada sin alegrías que pasea su flaca envoltura mintiendo y bebiendo a tragos el miasma del tugurio.

Es un gusano que se va arrastrando, un átomo que se hincha estúpidamente, una comparsa que hace también su papel en el mugriento escenario y se confunde con la masa de carne que se escandaliza, se embriaga y escupe.

—¿Tú tienes hambre?

—Sí.

²⁶ La anemia fue una de las enfermedades estudiadas por el destacado médico Bailey K. Ashford (1873-1934). En su autobiografía expone la terrible situación por la que atravesaban los jibaros que padecían esta enfermedad. Fue reconocido por haber descubierto la lombriz intestinal que producía la anemia. *Un soldado de la ciencia. Autobiografía del coronel de sanidad Dr. Ashford*, Buenos Aires, Claridad, 1946, p. 48.

—Pues bebe.

Era bella la infeliz niña, una belleza triste que nadie debía estrujar pero que aquella gente aturdida no respetó. Y le acercaron también el vaso a los labios.

—Eso no está bien; esa muchacha tiene hambre y quieren emborracharla.

—Que aprenda.

—Pues yo no quiero.

Y cogió [a] la chiquilla y la cubrió con sus brazos estrechándola contra su pecho como una madre que defiende sus cachorros. ¿Por qué lo hizo? Ella era una moza de rostro bello y ojos hermosos; una carne que había paseado su belleza en el mercado casi sin alegrías aturdiéndola el oleaje del escándalo, harta de la fiebre, sonriendo forzosamente. ¿Quién le puso por nombre Colina? Así la llamaron y se acostumbró a oírse llamar así, pero aquello la violentaba como si la ahogase la atmósfera que respiraban las otras, como si algo la atase allí, mientras ella pugnaba por huir.

—¿Cómo te llamas, nena?

—Pucha.

—Suéltala, Colina.

—Que no.

Entonces empezó de nuevo el desorden. Las echaron al suelo, las estrujaron riéndose nuevamente, empujándolas bajo las mesas mientras los demás se alegraban del alboroto y miraban con cara estúpida. La chiquilla

lloraba ahogándose. Colina se levantó enrojecida, el pelo suelto, y fatigada dio un grito.

—No —dijo—. ¿Quieren hacer de ella otra infeliz como yo? Pues no, porque así hicieron conmigo; me la llevo y esto se acabó. Yo quiero ser buena, basta de desórdenes..., borrachos, infames, bandidos...

Habló con calor, agitada, nerviosa, casi llorando. Parecía que tenía ganas de decirlo hacía tiempo, como una protesta o un reproche a ella misma; aquello fue un rugido que salió de una garganta que se ahogaba.

Se arregló el pelo, compuso sus vestidos y se fue llevándose [a] la chiquilla aturdida aún. Se detuvo en la puerta, estiró los brazos y se fue mientras los demás se reían y golpeaban sobre las sucias mesas.

Había anochecido; después del aguacero caía sólo una llovizna menuda; empezaban a encenderse los faroles cuyos vidrios sucios llenos de telarañas, ostentando gotitas de agua, apenas si dejaban escapar una luz pobre y roja que bailaba reflejándose en los charcos de la calle. Allá, tras los árboles de la carretera, empezó a salir la luna, grande, amarillenta, y la noche clara y despejada se mostró, pero húmeda, fría mientras las estrellas temblaban arriba y seguía abajo la eterna danza macabra de la vida.

II

En aquel cuartucho donde había ido a refugiarse, sentía desahogado su corazón y templada su fe. Hubiera querido ocultarse con aquella pobre niña, en un agujero ignorado huyendo del mundo, lejos del ruido de la vida sin respirar la atmósfera envenenada de los otros como si temiera su contagio fatal. Ahora se abría ante ella un nuevo horizonte, un nuevo sendero que quería recorrer con los pies descalzos y llorando.

Tenía necesidad de ser buena; quería serlo y confiaba en sus fuerzas. ¿No veía en aquella criatura, que había salvado y recogido, una esperanza? ¿No empezaba su nueva vida salvando una honra? Todavía recordaba aquella escena, y a veces saboreaba su acción. Creía que algo extraño la había empujado a protestar de aquellos abusos y se sentía orgullosa, triunfante. No pudo contenerse; estaba ya harta de la charca fangosa que había fatigado su cuerpo y envejecido su espíritu, y quiso salir porque se ahogaba. Vio en aquella criatura el principio de su vida y se rebeló porque no era

mala. Así habían hecho con ella; la habían manoseado demasiado en las tiendas y en los cafés donde pedía; había escuchado muchas palabras y con la cabeza aturdida, viviendo como una bestia, creció. No quería recordar aquello y, sin embargo, eso la atormentaba con frecuencia desde que era buena. Hacía por disipar ese tremendo panorama pasado y entonces cantaba como una loca, cantaba para no llorar. En aquel cuartito se creía feliz, al lado de aquella niña, que llamaba su hija, y a veces en voz baja murmuraba por lo bajo ese nombre, como si fuera el de una muñeca que tuviese, y saborease el nombre con cariño... ¡Pucha, Pucha!

Ahora era madre; no estaba sola en el mundo; tenía a quien querer y a quien besar con el amor extraño que sentía dentro de ella, como un deseo que la ahogaba, y muchas veces sentaba a Puchita sobre sus rodillas y le besaba furiosamente los ojos, la boca, las manos, con ganas de morderla para aplacar aquel desorden de sus nervios. No quería pensar en nada oscuro para lo porvenir. Había ya sufrido demasiado y creía que algo la haría feliz porque quería ser buena. Trabajaría para su hijita, buscaría dónde ganar el pan dignamente. Era preciso buscar trabajo porque la amenazaban con echarla a la calle si no pagaba pronto, y esa idea la atormentaba, la desesperaba. ¿Eran exigentes con ella ahora que no iba a la cárcel, ni le pegaban los policías, ni se emborrachaba? Irse de su

cuartito; no podía ser. Ella lo había adornado con cariño y con la coquetería que ella sabía. En un lado de la cama, la mesita al lado y las sillas, adornadas con encajes y lacitos azules. No pudo prescindir de los perfumes que tanto le gustaban, y por la ventana, una ventana bajita desde donde se veía el patio y un pedazo de cielo azul, se escapaba un olor de esencia, el refinamiento del lujo de la antigua *cocotte* acostumbrada a la vaporosa atmósfera de los perfumes, atmósfera que irritaba sus nervios enfermos, y a veces no se explicaba por qué reía como loca y por qué otras estaba triste, decaída, con un irresistible deseo de llorar...

¡Qué patio aquél donde vivía! Era un fanguero donde respiraba una muchedumbre hacinada allí como un montón de carne que se podría, abigarrada colección de seres humanos oliendo a humedad, a mohó; gente enferma que llegaba al fin, al desenlace, con una historia y un pasado igual, su vida no era más que un encogimiento de hombros; humanidad embrutecida en la monotonía eterna; caravana que se va, sin haber vivido.

En el otro lado del cuarto, en aquel camaranchón que se derruía podrido, lleno de agujeros mal tapados con trapos y tiras de lata, vivía un pobre viejo limosnero, viejo maniático embrutecido por el alcohol y la miseria. Era un alma de músico que gemía en aquel organismo decrepito, en aquella vieja envoltura que se rendía fatigada ya y torpe.

Tenía arrebatos de furia, hablaba como presa de un vértigo; refunfuñando, mascullando algo sordo, dando golpes en los setos y desgarrándose las ropas como un furioso. Aquel viejo borracho y miserable cantaba a ratos, y de noche, muchas veces interrumpía sus salvajes ronquidos para cantar dormido, en aquel sueño que era una agonía, y se reía luego, envuelto en sus asquerosos trapos hediondos llenos de chinches.

¿Había dicha en todo aquello? Para Colina, sí, porque todo lo prefería a su antigua vida de desorden y vicios. Sentía ya el orgullo de la honradez, de la existencia fatigosa y ruda, pero digna y noble, santificada por la nobleza del trabajo que dignifica, y tenía envidia de los demás que se creían a ratos felices en su miseria. Su vida pasada, ociosa, la avergonzaba, porque una existencia desarrollada en el criminal ocio del perfume, del lujo, de la disipación, atrofia el espíritu, embrutece las afecciones. Vivía para su hija, para la pobre Puchita que cuidaba con ternura; miraba aquella carita bella empolvada ahora y graciosa, la estrujaba con sus labios, y se la comía a besos.

“¿Sabes la lección? Si no, te voy a regañar. ¿Has estudiado? Sí, vamos, si me la dices, te daré media docena de besos; vamos a ver. ¿Qué letra es ésta? B, ¿y ésta? A, ¿cómo dice? B A: BA, B E: BE. ¡Bravo, bravo! Vas a aprender pronto”. Y la alzaba cogiéndola por los bracitos y

volvía a besarla riéndose como una loca, y limpiándose las lágrimas que la alegría hacía brotar de sus negros ojos.

—Mira, Puchita, yo voy a salir, ¿sabes?, necesito ir un poco lejos de aquí; volveré pronto. No salgas hasta que yo no vuelva. Aquí tienes pan y dulces. ¿Me prometes no ir a ninguna parte?

—Sí, señora —dijo aquella vocecita fina de cierto tono atiplado.

—Señora, no quiero que me digas, lo sabes; dime mamá.

—¿Mamá?

—Sí, mamá, mamá —y mascullaba también esa frase, como si no se cansase de decirla, resarciéndose de toda una dicha que no había disfrutado y que ahora mascaba con un hambre de felicidad que a veces la ahogaba, que le subía a la garganta como una emoción extraña que no se explicaba.

Después se echó de pechos sobre la ventana y miró el patio lleno de gentes y allá, en la esquina, al final, en el portón que se caía viejo y abandonado, la calle, la calle por donde pasaban continuamente tantos tipos distintos; vendedores, chiquillos, mujeres que taconeaban la acera con sus zapatitos de piel de Rusia, viejos que arrastraban unas chanclas que no servían en sus pies hinchados, vendedores de periódicos, gentes de ofici-

na, vagabundos de ropas desgarradas con la cara manchada echando al suelo las cáscaras de las frutas. Es la vida de la humanidad que se agita en un trajín dantesco; siempre el polvo que levantan los coches y los gritos de los chiquillos, los esfuerzos continuos, la lucha por la existencia que empieza de nuevo al amanecer de un día más, lucha fatigosa semejante a un castigo, el traqueteo eterno de la humanidad en la vida del trabajo y las ambiciones, anhelos que tiemblan en la atmósfera caldeada por el sol eterno que quema los rostros; humanidad que suda en el eterno combate de la vida.

Enfrente se alzaba una mole inmensa que se construía hacía tiempo, un pesado caserón desnudo de mezcla, rojo y tremendo.

Montones de ladrillos, arena y piedras, semejantes a enorme barricada obstruían el paso de los transeúntes en la angosta calle. Delante del edificio se columpiaba peligrosamente el andamiaje, y temblaban los tablores bajo los vigorosos pies de los albañiles. Abajo, en el corral cercado de casitas y empalizadas, cantando y charlando, las lavanderas tendían sobre largos cordeles la ropa pesada y chorreando. Era una hermosa y clara mañana de enero y parecía que también la naturaleza alegraba el alma ostentando sobre la inmensidad de los cielos un azul delicado, y grupos de nubes blancas como montones de nieve. Se trabajaba cantando, se cantaba

para hacer menos fatigosa la penosa brega, o sólo porque se está contento cuando se gana el jornal que detiene unos días la miseria sentada siempre en el umbral de la casa del pobre.

El hormiguero humano se agitaba allí, y el vocerío, la grita, los golpes constituían la sinfonía de aquella escena, de aquella página de la vida.

Un mocetón, mulato de facciones pronunciadas y rudas acababa de tirar al suelo su reluciente palaustre gastado por la acción del tiempo, y se había limpiado con las mangas de la camisa algunas gotas de sudor que brotaban de su rostro. Se llamaba Pedro Carré; robusto y fuerte, de manos gruesas y encallecidas, cabeza de toro y frente angosta.²⁷ Era de una familia de albañiles, que

²⁷ Se hace alusión en estas líneas al aspecto racial del obrero Pedro Carré como mulato. Todavía no se había hecho prominente la discusión sobre la identidad sino hasta años más tarde, en la década del veinte. En la literatura latinoamericana fue surgiendo el término "mestizaje", mediante el cual se construía una identidad criolla. En otras de las obras de Levis también se alude a lo criollo por medio de la referencia a la mujer y al concepto de lo americano como cultura diferenciada y con identidad propia. El tema de la identidad en la literatura ha sido muchas veces soslayado o visto como insignificante. La censura impuesta por el régimen estadounidense no permitía expresarse con claridad sobre lo puertorriqueño.

vivía también en aquel patio, de la que no quedaba más que una viejita, la madre de Pedro enferma y casi ciega, gastado organismo lleno de punzadas dolorosas y neuralgias; lavandera y cocinera de toda su vida donde había conquistado sus achaques. Pedro era su único sostén cuando trabajaba. El padre, Juan Carré, había muerto hacía cuatro o cinco años, de una manera trágica, cayéndose de un andamio y siendo recogido en la calle como un montón de carne informe, reventado, echando sangre por la boca y los oídos.

Pedro era joven, pero había en aquel rostro curtido visibles líneas de una vejez prematura.

Su sonrisa era una amenaza.

—¿Estás cansado, Pedro? —dijo un chico, un jovencito de ojos azules y pelo rubio, que mojaba un montón de ladrillos—, ¿qué tienes?

—Nada; me aburre el andamio cuando se insulta como si no bastase la sangre, el sudor y la vida. ¿Por qué se roba parte del jornal cuando me dan trabajo para no morirme de hambre? ¿Hemos de explotarnos unos a los otros? Es que la miseria nos ha convertido en malvados.

Y cogió con coraje el palaustre y revolvió la pesada mezcla, la masa gris que salpica los rostros cuando se arroja con fuerza sobre el rojo ladrillo.

—Me explotan —dijo—, abusan de mí, y esto me violenta. ¿A quién interesa esto? Quiero otros hombres,

otra generación y otra humanidad, aunque sea preciso barra a ésta un chorro de fuego.

Y siguió hablando, contando los sufrimientos de los oprimidos, de los que no tienen pan que dar a sus hijos, de los que mueren en la calle, los vencidos por la miseria, mientras los demás derrochan y pasan indiferentes ante el charco donde gritan esos dolores sin explicarse él esa desigualdad social como si quisiese tener en sus manos la palanca y cambiar de un tirón la universal existencia.

Era un alma buena que protestaba, un espíritu honrado queriendo forzar la ley del misterio para no ser testigo del lloro humano.

—Mira, mira esa gente que lava y canta, ¿qué son? Muchedumbre ignorante que se muere como ha vivido; han crecido entre privaciones y miserias. ¿Dónde está la igualdad humana? Es preferible no haber nacido cuando sobra a unos lo que falta a los otros.

En efecto, en aquel patio húmedo cuartel de bestias, vivían como tales, todo un enjambre de chiquillos, mujeres, viejos temblorosos y enfermos, bueyes de carga desechados ya por inútiles aguardando con estupidez la muerte.

Cuando llueve, el patio es siempre una laguna; la lluvia penetra por entre las yaguas y las tablas mal unidas mojando los trapos de esa pobre gente.

Pálidos, masa de carne anémica que se hincha, por la mañana pasean entre la yerba sus pies descalzos, amarillentos.

Era un patio casi cerrado, rodeado de cuartos pegados unos a otros y ranchos construidos con tablas de cajones y techos de yaguas, un patio de lavanderas y planchadoras lleno todo el día por la charla, las canciones y el golpear del agua. La ropa se echa en los cordeles que cruzan de un lado a otro, o sobre la yerba donde las lavanderas la rocían desde lejos. Los latones de agua hirviendo humean, y en las ollas de hierro y vasijas de cobre el almidón hace burbujas. La ropa que ha de lavarse está tirada en el suelo, sobre la tierra o en canastos donde muchas veces se echa algún perro revolcándose entre ella. Aquello es una agitación, un cercado húmedo donde al agua de jabón corre, y lapachean muchachos desnudos y sucios; una abigarrada muchedumbre que respira entre miasmas donde se destaca el tipo del mendigo que llega cargando con su saco lleno de pedazos de bacalao casi podridos, rebanadas de pan y galletas, y el tipo repulsivo del morfinero, miseria humana que se inyecta morfina en la piel para estar siempre adormilado bajo el poder del sueño que le produce la embriaguez del vicio, aunque sea su cuerpo una llaga, arrastre unos chanclos viejos y la ropa se le caiga encima...²⁸

²⁸ El tipo del morfinero o adicto a la droga es novedoso en la literatura puertorriqueña. Levis es uno de los pocos autores

En esas viviendas, la privación, el desaliento y el abandono han marcado su sello de pobreza; el suelo asqueroso, los trapos hediondos, los muebles rotos y sucios, amontonado todo, y los setos manchados por la grasa y el humo de las lámparas.

Sobre el piso, meneando furiosamente los pies y los bracitos, casi siempre está echado un chiquillo, el último recién nacido, el chiquillo que se echa al mundo con demasiada imprudencia frecuente, llorando furiosamente, berreando sobre los trapos húmedos.

—¡Vecina, que se revienta ese muchacho! —gritó desde la puerta una mujer mientras se limpiaba con el delantal el sudor que le corría por el rostro. Tenía enfrente un anafe lleno de carbón ardiendo y en la olla chirriaba la manteca donde freía rebanadas de bacalao y tortas de harina. Se decía en el barrio que era una mujer honrada que se ganaba la vida vendiendo frituras con que sostenía en la cárcel a su marido, un hombre bueno, pero que había derrochado un dinero ajeno y fue con-

que lo mencionan en su obra en ese momento. Años más tarde, el novelista José de Diego Padró (1896-1974) incluiría en su obra *En Babia* (1940) el mismo tema, el cual vuelve a ser cultivado en la literatura más reciente como podemos apreciar en las narraciones de Juan Antonio Ramos (*Papo Impala está quitao*, 1983), Edgardo Rodríguez Juliá (*Sol de medianoche*, 1995), Elidio La Torre Lagares (*Gracia*, 2004), y Francisco Font Acevedo (*La belleza bruta*, 2008).

denado a dos años de prisión. Ella lo visitaba todos los jueves y lloraba cada vez que su único hijo, un muchacho grande ya, Miguel de nombre, le preguntaba si saldría pronto papá de la cárcel. Doña Vicenta hablaba poco, no murmuraba de nadie y todos compadecían su desgracia, y siempre ante su fogón, aunque lloviese, se estaba hasta medianoche vendiendo a los transeúntes sus frituras.

—¡Vecina, ese muchacho!... —y echaba manteca en la olla esquivando la cara para evitar las quemaduras; lo dejó todo y levantó del suelo al chiquillo que seguía llorando.

—Para eso tienen hijos estas perras —decía mientras lo alzaba del suelo—; para eso paren todos los años, para después estar hechas unas diablas diciendo disparates y pegarles injustamente. ¡Pobrecito! Tal vez tenga algún dolor... No llores, hijo, que me aturdes.

Y lo mecía en sus brazos, pero hubo de dejarlo porque seguía llorando.

—¡Cristina! —gritó—, ¡venga por su hijo que se me quemán las fritas! Vaya, que al fin llegó usted, cristiana, hace dos horas que llora ese angelito.

Cristina llegó sacudiendo los brazos llenos de almidón.

—¡Maldita sea mi suerte! —dijo—. No puede una hacer nada, estoy ya con ganas de echarme un lazo al pescuezo; como si no tuviera nada que hacer. Muchas gracias, vecina... ¡Cállate ya! No sabes más que llorar.

—¿Y qué quiere usted que haga? —repuso doña Vicenta mientras volteaba sus frituras.

Cristina quitó los trapos, los tiró al suelo y puso a mamar al chiquillo que se agarró con bravura mamando con hambre.

—Muérdeme, sí, muérdeme, hambriento, no sabes más que molestarme. ¿Dónde estará a estas horas tu dichoso pay? Ése es otro, sale y no se acuerda que tiene una que comer, y si no fuera porque echo los botes en la batea ya nos hubiéramos muerto de hambre.

Y siguió refunfuñando; volvió al patio llevando en brazos al chiquitín, y se sentó sobre la yerba al lado del pozo donde no cesaban de sacar agua.

—Se durmió el nene, Cristina —dijo una mozuela que acababa de vaciar su cubo en una vasija grande.

—¡Ah!, es verdad; gracias a Dios, estaba pensando en otra cosa.

—¿A que yo le digo en qué estaba usted pensando?

—En nada, en nada —repuso con viveza Cristina—. Tengo hoy los demonios en el cuerpo.

La moza se echó a reír y gritó alegremente:

—¿Quién quiere sacar agua?

—Yo quiero.

Y acudieron tres mujeres; hubo disputas mientras la mozuela se reía. Cristina puso a la sombra su hijo, y volvió a revolver el agua hirviendo.

—¿Quién —dijo—, metió aquí la mano? ¡Qué intrusas son en este patio!

Y alzándose el vestido, aprisionándolo por delante entre las piernas, echaba el almidón mientras el vapor de agua le quemaba la cara y la hacía sudar.

—¡Todas quieren el cordel! —decía la mozueta a las disputadoras—. Pues a nadie, a nadie.

Y se reía enseñando los dientes verdosos y manchados con tabaco. Tenía el pelo descuidado, un poco rojo, tostado por el sol y anudado a lo alto de la cabeza en moño redondo. Fuerte, de brazos gruesos y estatura baja; gordita, las caderas se brotaban oprimidas por las cintas del vestido. Era una muchacha de buen humor que no perdía ocasión por poner a prueba la fortaleza de sus puños, charlatana, reía de todo y de todo hablaba con un tono chillón, agudo. Eso sí, las peloterías eran su orgullo, y cualquiera no se hubiera atrevido a decirle una mala palabra. La Ratona, como la habían bautizado las comadres del patio, era una buena pieza amiga de chismes y capaz de andar dos leguas por tomar parte en cualquier pelotería. Ya sabían en el patio quién era la Ratona aquella peli macha de la lengua larga. El cordel del cubo de sacar agua fue motivo de disputas, de gritos y chacota, y al fin lo agarró una chicuela flaca y cara enferma a quien llamaban Pelona, sin duda por las pocas greñas que ocultaba en su cabeza bajo un pañuelo de ra-

yas amarillas. Estaba siempre triste la pobre muchacha. Se lamentaba de no haber tenido nunca en su infancia una muñeca, ni siquiera de trapo, y ahora huérfana y sola la había recogido allí un matrimonio pobre, con hijos, y echaba los bofes en la batea para ganar la comida teniendo que soportar miles baladronadas a aquellos muchachos mal educados, gritones y sucios.

La Pelona defendió el cordel, ya en sus manos, y las risotadas celebraron el triunfo.

—Es mío, mío —dijo ella; y lanzó el cubo al fondo del pozo mientras se sonreía, enseñando la boca casi sin dientes. Luego se puso una mano en el pecho enflaquecido y tosió dos o tres veces.

El sol caía de lleno sobre el fangoso suelo, y la ropa en los cordeles tiesa y reseca, almidonada ya, balanceaba mecida por el viento. Alrededor del pozo se agruparon las que esperaban sacar agua y la Ratona dijo poniendo cara de intención:

—Repáren qué pensativa está hoy Cristina; parece que tiene algo gordo porque piensa mucho.

—¡Qué ha de tener! —dijo una de ellas—. Aquí todo el mundo sabe de qué pie cojea esa; no he visto gente más molesta y más hipócrita; tiene esa dos hijas que serán lo que ella; carifrescas... Y Alberto se da la gran vida, ¡claro!, no sabe José Canastas lo que pasa. No todas son como yo.

—Y aunque lo supiera ¡qué!

—¿Cómo? Las mujeres deben ser honradas. No tengo yo marido para que se ría de él nadie.

Y chasqueó la lengua en los dientes, alzó lleno de agua un cubo que derramó un poco sobre el suelo, y se alejó con él alzando la mano izquierda para sostenerlo mejor. Sus pies pisaban con fuerza el patio y al alejarse mostró un cuerpo recio lleno de carne.

—¡Qué se habrá figurado ésta! —dijo la Ratona—, la doña Roperito está con su señorío, que no cabe en las enaguas, y tan haragana, echándose de honrada, y su pobre marido enfermo tiene que tirarse a la calle todos los días a ganar cualquier cosa, y ésta no le sabe ni calentar agua. Siempre dice que está harta del matrimonio. Si yo fuera hombre no me casaba con semejantes petacas. ¡Si ustedes supieran lo que hace ésta!

Y se acercaron agrupándose, rodeando a la Ratona que empezó a hablar en voz baja moviendo mucho la cabeza y los brazos, haciendo señales con las manos, hasta que estalló una carcajada general.

—Por eso —dijo la Ratona— dicen que yo tengo la lengua larga.

Siguieron la risa y los comentarios, pero cesaron de pronto haciéndose todas las desatendidas.

La Roperito llegó otra vez con el cubo, recogiendo el vestido, y paseó entre sus compañeras sus ojos

pequeños, medio cerrados, redondos y vivaces como ojos de serpiente.

—¿Por qué —dijo— han dejado ustedes de conversar cuando llegué yo? Hablaban mal de mí, seguramente.

—Hablar de ti —dijo la Pelona—, ¿para qué?

—Para nada bueno supongo; para darle gusto a la lengua.

—¿Tiene usted —dijo la Ratona— algún rabo que le pisen? Avise para cortárselo.

—Lo que no tengo yo es ganas de gastar saliva con quien no debo —dijo Roperito, y tiró el cubo al suelo y se fue hablando entre dientes.

Entonces la Ratona se escandalizó y fue preciso sujetarla porque se echó como una furia contra la otra; dio tales gritos que acudió la gente del patio y dijo que sabía lo de todo el mundo, y que a ella no la despreciaba nadie. Y se paseaba entre el grupo como una fiera, mostrando sus brazos gruesos, redondos y sus puños recios, mientras la lengua suelta decía la mar de palabrotas y su voz chillona y molesta se metía por los oídos. Como no bastaba esto, Cristina sacó del grupo a una chiquilla que arrastraba unas chanclas, y le dio un par de pescozones.

—¿Qué haces ahí, demonio —dijo—, ni qué te importa? ¿Crees que vamos a comer a las mil y quinientas?

Y le arrebató el canasto donde había algunas verduras. La muchacha se echó a llorar arañándose la cara.

—Llora, llora, sinvergüenza.

—Usted le pega mucho a Cucú —dijo un hombre vestido con unos malos trapos, la barba descuidada y ojos soñolientos.

—¿Le importa a usted algo? —dijo Cristina—. ¿Me meto yo cuando se pone morfina, cochambroso?

Paco el morfínero se sonrió sin ganas y soportó las puyas de Cristina. No hubiera acabado el barullo si no viniera doña Vicenta que dejó sus frituras para intervenir diciendo:

—No se olviden que ahí en ese cuarto se está muriendo Coralina... Hagan por caridad algún silencio.

—Anoche —dijo una—, pasó muy mala noche. Ahora llegó la madre. Creo que estaba llorando, ¡pobre muchacha!

Entonces se habló en voz baja porque, decían ellas, eso no estaba bien charlar tan alto si estaba tan grave Coralina. Decían que ella se acababa pronto, que era una lástima de mujer porque era bonita, y contaron cómo abandonó [a] su buena madre para correr y hacer locuras que pronto la metieron en una cama de la que saldría para el cementerio. De seguro que, a no ser por ellas, se hubiera muerto antes la pobre muchacha que estaba en la mayor miseria.

—Yo —dijo la Ratona— no quiero verla porque me parte el corazón; anoche en cuanto me vio, me llamó y

me encargó un dulce que a ella le gusta mucho, pero estaba ronca, ronca, tosiendo muchísimo, los ojos como dos cuevas y amarilla como la cera. Eso me da pena, y luego, cómo la han abandonado todos los que antes tanto la llevaban de aquí para allá. Pulseras, regalos, paseos en coche y echando la casa por la ventana con tanto boreo... Nadie viene a verla, ¡claro!, si ahora está tísica, y flaca en el esqueleto. A la verdad que las mujeres semos bien desgraciadas.

Se habló un momento más de la enferma y ya se disolvía el grupo cuando alguien llegó de pronto, tiró al suelo un enorme montón de ropa y dijo con una voz fatigosa: “¡Qué vida tan perra!”.

Era una mujerona; toda una mole de carne que se movía con trabajo. Ma Lalá era la más antigua de las vecinas, viuda hacía tiempo de un viejo colchonero holandés que la dejó en la mayor miseria porque él se bebía cuanto ganaba, ella se echó a planchar y lavar desde entonces sin acordarse de los hombres para nada. Demasiado había tenido ya con el borracho del colchonero; le sufrió sus palabrotas y sus pescozones, y el día que murió, ella le cerró los ojos, lloró bastante porque lo quería mucho a pesar de todo, y no se apeó ya el trapo negro de encima de las carnes.

Su enorme cara sudaba ahora de un modo bestial. Ella echó sobre el lío de ropa un pedazo de jabón, y se

limpió con un pañuelo grande de cuadros morados los chorros de sudor. Venía ahogándose como si aquella grasa quisiera derretirse bajo el tremendo sol de la mañana. Cuando se repuso, soltó el trapo a hablar.

—He tenido —dijo— la gorda con esa blanca. Yo no sé qué se figura la gente rica; regatiando, regatiando el sudor del pobre, que da vergüenza. Lavar una docena de ropa para ganar una miseria, plancharla quemándose una las asaduras y después de pagarla mal tener que esperar las comenencias de ellos sin saber si una lleva la ropa para comer con lo que ha ganado... Yo quisiera ver a una de ellas en el río pegada a una batea para que sepa cómo se ganan los cuartos, y lo que es esta vida perra, perra, y perra.

Y volvió a coger su lío de ropa y se fue tambaleándose con pesadez sobre el patio, hablando sola, y moviendo las gruesas pantallas de oro colgando de sus viejas orejas.

La charla de Ma Lalá fue como predicar en vano, y como si no hablase a nadie. Demasiado lo sabían ellas. A todas les pasaba lo mismo; lo que importaba era tener la cáscara dura para seguir hasta que Dios quisiera, y echarlo a broma a veces y reírse cuando se tienen los trapos limpios y se le echa al estómago algún comistrajo. Cualquier cosa menos tener hambre y ver los muchachos llorando por comer pan; todo menos eso porque se piensan entonces cosas tremendas.

Ma Lalá asomó la cabeza a la puerta de Coralina y entró sin soltar su lío, pero volvió a salir agitando los brazos. Algo pasaba allí. Al fin la vieja dijo que se había puesto mala la enferma, y todo el mundo corrió. Entraron sin hacer ruido, andando en puntillas y cuchicheando en voz baja. Era una salita, dividida en dos por una sábana de algodón atada de un lado a otro sujeta con dos clavos. Detrás del lienzo blanco, echada sobre el catre que la sostenía, se consumía un cuerpo de mujer joven que destrozaba el germen de la tisis. A su lado estaba, echada sobre la cama, una anciana que sollozaba, y sobre la mesita había algunos potes con inútiles medicinas, un jarro roto, y un cristo maltratado por las manos grasientas y las moscas.

En efecto, Coralina estaba mala, muy mala, y afligía verla echada en aquella cama con los ojos tan abiertos, moviendo los brazos flaquísimos y las piernas de las que se salían unas medias blancas llenas de agujeros, buscando aire, ronca, ronquísima, tosiendo que parecía que se le desgarraba el pecho. Había que levantarla un poco y ponerle sobre el pecho una vasija de lata llena de esputos. Ella había echado ya sus pulmones en la vieja vasija de lata.

La Ratona la abanicaba porque se ahogaba la pobre muchacha, y con un montoncito de algodón le recogía de la boca lo que quedaba cuando escupía, pero soltó el aba-

nico pronto, porque dijo que ella no podía soportar más aquello; se limpió los ojos con la chaqueta que tenía puesta, y salió a la puerta. Estaba llorando hacía rato, pero no quería que la viesen llorar. Todas ellas lloraban, pero en silencio, dejando solamente que resonaran los sollozos y los quejidos de la madre de Coralina que se golpeaba la cabeza, desesperada, hincada en el suelo y el cuerpo echado sobre la cama donde se consumía su hijita.

La Ratona salió a la puerta y se encontró con Colina que se había detenido por curiosidad, porque quería ver también [a] la enferma.

—Vecina —dijo Colina—, ¿está muy mala esa muchacha?

—Está mala, sí, ¡la pobre!, hace mucho tiempo que está así; acabándose, acabándose. A veces parece que se va a morir, le ponemos la vela, y vuelve y se mejora. Eso me parte el corazón.

La Ratona tenía los ojos húmedos, y se sopló las narices con los ribetes de la saya.

Luego dijo en voz baja alejándose un poco de la puerta:

—A cualquiera le da pena con ese cuadro; yo no sé, yo no sé cómo se entregan así a esa vida y se acaban en dos por tres; no he visto mujer bonita que no sea desgraciada, y después caen en una cama y el demonio se las lleva si la caridad no las viene a atender; tísicas,

retísicas se mueren y vaya usted a ver entonces las cintas, y los vestidos y tanto lujo... Entre, entre usted y verá ese cuadro. Yo me voy porque tengo que hacer y eso me da pena.

La Ratona se fue y Colina entró andando de puntillas, pero no estuvo mucho tiempo. Volvió llorando con la cara roja como una amapola; también salieron la Roperito, la Pelona y otras vecinas. Se había puesto mejor la muchacha, como siempre, para volver a agravarse hasta que acabara de una vez. Se fueron en grupo hablando de la enferma y Colina preguntó si hacía tiempo que estaba enferma. Se lo contaron todo porque ella no la conocía; la habían traído de la ciudad a morir allí después de tantas locuras, y no faltó quien preguntase de pronto:

—¿Es cierto que te has recogido, Colina?

—Sí —contestó ella—, no quiero más escándalos; no quiero pasar más vergüenzas; estoy cansada ya, y de ese cuartito no salgo a ninguna parte. Eso se acabó; somos vecinas y si puedo servir para algo...

—Gracias; haces bien, deja esa vida, que Dios nunca falta. ¿A dónde vas?

—Voy al campo, tengo allí unos parientes.

—Hace mucho sol, deben ser las once.

—¡Ah!, es cerca, vuelvo pronto; dejo ahí a Puchita. Me voy, adiós.

Y echó a andar alzándose un poco el vestido para no ensuciarlo en los charcos de agua de jabón.

Cuando se encontró fuera del pueblo, anduvo más de prisa, y sin querer pensar en nada como si deseara alejarse, huir de algo buscando lo desconocido. Había pensado en unos parientes a quienes no visitaba hacía tiempo, porque tenía vergüenza de que la viesan y reprochasen su vida de escándalo. Ahora era distinto; les diría que era buena y que quería ser honrada; tal vez se compadecerían de ella y le alargarían una mano que la ayudase a sostenerse y consuelos que la alentasen. Caminaba en esa creencia y sentía inundarle la alegría el corazón. Dejó atrás algunas casitas aisladas a la orilla del camino, un camino torcido lleno de polvo, tortuoso, que se alargaba, bordeado de barrancos, cañaverales, medio escondido entre los árboles, y de pronto, al doblar un sendero estrecho lleno de yerba húmeda que ostentaba la hermosa verdura de los campos, se despejó ante ella el camino y apareció la pradera, la sabana llena de sol, brillante, la feraz vegetación que crece fresca con ese abandono salvaje de la campesina ruda que engorda con descuido. Se detuvo y miró allá abajo, allá donde temblaba el vapor que se escapaba de la tierra, de la tierra que pare siempre como un vientre inagotable que no se cansa de eternos partos; la sabana hermosa de verdura, luz, calor; el campo bello que besa el aire puro cargado de perfumes, oxígeno que

renueva la vida y vigoriza los pulmones; los árboles lejanos entrelazados por bejucos, enredaderas silvestres de florecitas y campanillas azules, el largo y eterno cañaveral que ocupa casi todo el valle dilatándose y meciéndose bajo el sol de la mañana, la yerba fresca y húmeda con un verde hermoso como una alfombra de esmeralda, y a la izquierda más allá del penacho de humo que se escapa de la chimenea del ingenio medio oculto entre la verde arboleda, una larga hilera de palmeras como un bosque de gigantes balanceando sus troncos dulcemente, agitados por invisible sopro; luego, la cordillera de montañas interrumpida, vista desde lejos como a través de un transparente velo azulado; después el mar, una cinta azul, tranquila como si desde aquella distancia no tuviera vida ni se agitase; y por último, el horizonte con algunas nubes blancas sombreadas de plomo, inmóviles sobre el misterio de los mares.

¡Qué bello era todo aquello! A ella le agradaba todo y lo contemplaba de un modo extraño, embelesada ante el vigor de la naturaleza que se exhibía delante con aquella variedad de tonos, de colores, como un inmenso lienzo lleno de perfumes y luz. Se sentía libre allí sola con la naturaleza, en aquella soledad tan acompañada, en aquel silencio lleno de ruidos, y se ensanchaba su corazón como si se desahogase bebiendo el aire sano de los campos. Se sintió fatigada y se echó sobre la yerba;

descalzó sus pies adoloridos para refrescarlos con aquella humedad que la agradaba desde niña, desde que era una chiquilla que iba a buscar agua al riachuelo cerca de su casita, y aquel recuerdo trajo a su mente la historia de su pasado que surgió ante ella como si alguien se empeñase en recordárselo en aquellos momentos que se creía feliz.

No pudo evitarlo; sabía que eso la atormentaba y sin embargo se empeñaba en ello. Ahora lo recordaba como si fuera ayer. La casita de yaguas perdida en medio de la montaña; las noches de frío cuando era preciso agruparse buscando algún calor rozándose unos con otros, roce de carne pálida en la húmeda atmósfera de la noche tranquila llena de misterios, respiración enferma que se mezcla en amalgama insana; la eterna vida, la monotonía de una miseria que atrofia en la resignación fatalista; sin placeres y sin goces, amortajada la ambición por la estupidez, por la anemia del cerebro y la sangre. Después aquello pasó y se encontró en el pueblo pidiendo limosna para su madre que la mandaba pedir y que la maltrataba y le pegaba cuando apenas si había podido reunir algunos ochavos. Pasó hambre muchas veces y cuántas noches masculló con deseo mendrugos de pan tirados al suelo en algún mísero bodegón. ¡Cuántas cosas oía!, ¡cuántas cosas escuchó! En los cafés y las tiendas la manoseaban aquellos descarados, atrevidos, y la hacían decir malas palabras

a cambio de un pedazo de pan. Una noche estaba lloviendo; todo el día había ido de un lado para otro inútilmente, no tenía chavos y no se atrevía [a] volver a casa por temor a que la madre le pegara. Se encontró sola en la calle y tuvo miedo. Echó a correr y se refugió en una casa vieja, destartalada y ruinosa que se caía a pedazos. El viento zumbaba a lo largo de la calle, y ella se acurrucó en la cocina, más allá de un cuarto lleno de cajones viejos y trapos hediondos. Tenía ganas de llorar y no podía; sentía trastear en la vieja cocina abandonada los ratones furiosos que también tenían hambre como ella. Al fin se durmió como una bestia inconsciente y embrutecida en su miseria y su ignorancia. Por la mañana, cuando vio el sol alegre que se colaba por entre las rendijas de aquel camaranchón, estuvo contenta, pero seguía teniendo hambre. Los ratones le habían mordido las manos y la cara. Después cuando fue grande y hacía mandados a la señora que la había recogido, iba a las tiendas en busca de muestras y telas donde continuó el manoseo de los dependientes y los abusos de las gentes en la casa donde servía. Allí aprendió a leer detestablemente y tenía pena porque no le enseñaban. Luego, las luchas con el miserable y libidinoso viejo hipócrita y mal hombre que insultaba en su casa el honor de su mujer. Estuvo tentada cien veces a huir de allí, pero temía la miseria, la asus-

taba el hambre, y se contenía. No era cosa de empezar de nuevo, ahora que estaba casi sola en el mundo porque sus hermanitos habían muerto y su madre agonizaba hacía tiempo en el hospital, enflaquecida y tísica. Aquel infame la aturdió, la mareaba ofreciéndole vestidos y lujo, y eso le trastornaba la cabeza. Una noche en que estaba sola, aquel viejo infame la agarró por los brazos y la besó con sus labios babosos, hablándole de lo mismo, del lujo, del lujo maldito que la turbaba; rodó por el suelo el quinqué, mudo testigo que alumbraba aquella escena de honra. Se entabló una lucha de desesperación y lloros. Aquella casa grande sumida ahora en las tinieblas de la noche, de la noche pesada y calurosa, crujía como si se quejase; parecía un abismo donde vivía en una oscuridad maldita el monstruo del vicio en acecho de la inocencia. El aire fresco penetraba por las ventanas casi abiertas, brillaban las estrellas y los insectos entonaban su concierto nocturno, canturreo extraño del silencio; en la atmósfera cargada de átomos y misterios orgánicos parecía también agitarse algo fatal que pesaba como mano de hierro sobre los seres humanos; la savia de la vida circulaba libremente empezando el extraño desarrollo de las plantas bajo el benéfico rocío y la frescura de la noche cargada de deseos, emociones, suspiros; hablaba el misterio, callaba el mundo, gritaban las sensaciones, y la naturaleza permitió en aquellos momentos el hundimiento de una nueva virtud.

Después se vio en la calle, arrojada de la casa, insultada al salir, y abandonada del infame seductor. ¡Cuántas cosas luego, hasta que fue empujada a la prostitución y el desorden! Las noches de embriaguez y fiebre; los escándalos, borracheras y bofetadas del amante brutal y celoso; el extraño agiteo nervioso de esa vida precipitada y loca; los golpes en la cara cansada ya de cardenales y mentidos besos; el hastío a veces de la existencia holgazana gastada miserablemente en los excesos y los abusos; el mal nombre, la frase inculta, la blasfemia horrible y el refrán atrevido, la algazara infernal de los bailes de máscaras, la nerviosa carcajada del despecho, la escuela de la mentira y el amor fingido; el espíritu viciado, prostituido, fingiendo caricias y mentidos lloros; la comiquería y el desenfrenado afecto al dinero que se malbarata en las tiendas y bazares; el lujo excesivo, y el aturdimiento del presente que enturbia el porvenir; las mejillas fatigadas del colorete y el albayalde; el andar provocativo, el aire descocado, insultante; el abuso de los perfumes, atmósfera donde vive y se agita; la duda que a veces inspira el egoísmo, el llanto a solas, el llanto verdadero que desahoga el pecho y alivia el espíritu; placeres desenfrenados, derroche que irrita, la belleza que se gasta y se va; el brutal encogimiento de los hombros, el cansancio luego y el arrepentimiento al fin... Así había llegado, descendiendo, saltando, aturrida por el volcán de aquella vida pasada que quería olvidar si

podiera en su afán de ser buena. Ahora estaba allí sola, con los pies entre la húmeda y fresca yerba de la sabana, sola con ella, su pasado, y Dios que vivía en la naturaleza que la rodeaba, y ante aquel panorama de su vida alegre tan triste, sintió subírsele a la garganta una cosa que la ahogaba, como si la pena quisiese estallar tanto tiempo comprimida, y dando un sollozo prorrumpió en amargo lloro.

¿Cuánto tiempo estuvo llorando? Ella no lo sabía, pero aquel llanto la aliviaba y lo dejó correr sin contenerlo, sin enjugarlo, cayendo sobre la fresca yerba de la sabana. Lloró por su infancia inocente y por su vida de mujer perdida; lloró por las miserias y las luchas pasadas, presa de un remordimiento como si hubiera cometido un crimen. Se acusaba ella misma; se echaba en cara sus desórdenes y sus liviandades porque no fue fuerte, porque no luchó contra el demonio que la empujaba y del que debió triunfar si hubiera querido.

Se acusaba porque fue débil y cobarde, y tenía ganas de castigarse el cuerpo, ya que no podía castigarse el espíritu. ¿Para eso había andado tanto? ¿Para eso había llegado hasta allí solamente para llorar? Aquella vigorosidad de la naturaleza que la había entusiasmado tanto, acabó por hacerle recordar su fatigoso pasado, afligiéndola. ¿No había querido ser fuerte? Pues lo sería; confiaba en Dios.

Se levantó al fin, arregló sus vestidos y ordenó sus cabellos; enjugose los ojos y se sintió de nuevo fuerte

y animosa. ¿Qué haría? ¿Iría a casa de sus parientes a demandarles auxilio, una limosna tal vez que quizá le negarían? Temía los reproches, las injurias, las ofensas groseras de su familia lastimada por su vida de infamia. ¿Serían generosos con ella? ¿Crearían en su arrepentimiento y encontraría apoyo? La duda la atormentaba. Anduvo unos pasos y se detuvo luego. Se acordó de Puchita a quien había dejado sola tanto tiempo, y eso la resolvió; además, no llegaría ya, porque era tarde y había perdido demasiado tiempo fatigándose inútilmente la cabeza.

—No voy —dijo, y empezó a desandar el camino recorrido.

Andaba lentamente como si no se diese cuenta, con la cabeza baja, y arrancando al pasar las altas yerbas del camino. No se quejaba, ni murmuraba nada en voz baja, suspiraba de cuando en cuando, suspiros hondos que se escapaban de su pecho, pesados, profundos como si estuviese muy abajo el dolor que sentía.

Caminaba como un autómatas sin darse cuenta de las gentes que pasaban a su lado, y sin pensar que era muy tarde ya. A veces un grupo de caballos la despertaba un momento envolviéndola una nube de polvo, y volvía a caer de nuevo ensimismada y triste. La tarde era tranquila y fresca ya después del fatigoso calor del día; hasta ella llegaban los bramidos de las bocinas de los ingenios, cuyas altas y rojas chimeneas arrojaban espesas

bocanadas de negro humo. El sol se hundía allá abajo en el abismo del mar como si sintiese él mismo en su seno el abrasador aliento de su vida y bebiese la frescura de los mares ocultando allí su ropaje de fuego. A veces un carretero pasaba conduciendo su carreta que traqueteaba sobre las desigualdades del camino, hiriendo los bueyes con su larga garrocha, sujetando con grosera cuerda el ancho sombrero jíbaro que apenas si protege su curtido rostro del calor del sol,²⁹ del sol tremendo que abrasa y reseca la carretera llena de polvo amarillento que se agita en remolinos. Colina miraba los carreteros que pasaban; su tipo, otro del montón anónimo que ha pasado su vida entre bueyes, carretas, siempre bajo el sol o la lluvia, infe-

²⁹ Levis alude al sombrero del jíbaro, trabajador campesino, ícono de Puerto Rico, al que se nombra en canciones y se representa en las artes gráficas y murales del país. Se considera una figura identitaria. El uso de la palabra "jíbaro" no es frecuente en la novela. Se trata de una obra que tiene como cronotopo la ciudad. Por eso presenta la cultura campesina discursivamente como diferenciada de la cultura urbana que predomina en la obra. El campesino que presenta Levis es aquél que emigra de la zona rural con motivo del huracán, pues ha perdido sus tierras y propiedades como consecuencia de éste. Puede entenderse que se refiere al jíbaro. Curiosamente, en la obra *La charca*, de Zeno Gandía, se menciona mayormente al campesino y la palabra "jíbaro" no es la utilizada, a pesar del auge que la misma tuvo en el siglo XIX.

liz campesino que mientras chasquea los bueyes, entona, medio adormilado para sacudir el sueño que le molesta, un cantar extraño de música puramente campesina de cierto tono triste, y chasqueando sus bueyes, contoneando el cuerpo cada vez que la carreta da tumbos, él pasa de largo y se pierde con las últimas notas de su canto, entre una nube de polvo a lo largo de la carretera amarilla y eterna.

Después se echó encima la noche, y la tierra reseca y sedienta se envolvió en las sombras como fatigada de un día de sol que abrasaba sus entrañas. El camino oscuro ahora simulaba los árboles extraños fantasmas; una bandada de cucubanos, esas linternas de ojitos verdes como esmeraldas brillantes, revoloteaban sin cesar entre las matas, y el canturreo de las chicharras y grillos acompañaba con sus eternos chirridos el acompasado toneteo de los sapos de la laguna y el agudo silbido de las culebras.

Colina tuvo miedo entonces y echó a andar de prisa, volviendo la cabeza a todos lados cuando se movía algo entre las yerbas; tenía ganas de llegar, se sentía fatigada de aquella larga jornada inútil, y se serenó cuando a la vuelta del oscuro camino divisó allá a lo lejos los faroles del pueblo. Cuando estuvo cerca de la primera casita respiró con holgura; había disipado su miedo pueril y sólo quería llegar donde Puchita. Caminaba ligero; sin volver la cabeza, atravesaba las calles casi solitarias y dejó atrás el

tremendo escarceo, la cháchara alegre de un café, agujero de eternos desocupados.

Sintió que alguien la llamaba, y volvió la cabeza.

—Colina, Colina, oye.

Era el guapo del bodegón que había maltratado la chica aquella, un mozo descarado, de mirada atrevida; escandaloso y chusmero, dispuesto siempre a dar de bofetadas a las mujeres que explotaba, el guapetón de boca grosera que vive de los demás porque escandaliza. Alberto Carriche tenía una vida vagabunda, trasnochada y viciosa. Era el hombre de la casa de juego y los alborotos en todo donde actuaba como actor del desorden. Desde muchacho que llevaba todos los días, sobre un burro bastante viejo, el saco de pan hasta la finca donde lo tenían por compasión de su abuela, Alberto tenía ya hechos méritos para creerlo un pilluelo. A los siete años era un chiquillo enclenque, anémico, pero tenía unos ojos vivaces que relampagueaban con el brillo de la astucia. No tenía botones nunca en los pantalones porque los arrancaba para jugar con los demás muchachos, y con la camisa sucia y rota echada afuera, el pecho descubierto, los pies descalzos casi siempre llenos de fango, el pelo tostado enmarañado lleno de piojos, un pedazo de sombrero sin forma sobre la cabeza, y un aire de pillito, era la desesperación de su vieja abuela y de los vecinos de la finca. Alberto se metía los dedos sucios en la boca y silbaba de un modo atroz. Ya

daba qué hacer el canallita. Un día robó en la tienda unos cigarros de mala clase y desde entonces toda la finca le llamó Boliche. Eso le costó la vida a su vieja abuela porque él era su único nieto, y desde que murió la madre de Alberto, la pobre vieja recogió al muchacho porque ella estaba siempre llorando a su hija tan buena y tan desgraciada, y Alberto era para ella su única alegría. La abuela muy achacosa y muy triste, no respondía cuando alguno preguntaba quién era el padre de Alberto. Nunca se supo; era uno de tantos hijos que no han sabido nunca quién fue su padre y sólo lo recuerdan para maldecirlo. Al fin la abuela se acabó, Alberto estuvo triste dos días y se quedó en la finca hasta que una mañana se robó unos botones de oro y lo echaron a puntapiés de allí por no meterlo en la cárcel. Desde entonces rodó por el mundo, hizo de todo, aprendió cuanto vio hacer, estuvo en la cárcel, se emborrachó más de una vez y la policía sabía ya lo que valía el mozo. Él no salía de las casas de lenocinio, y era concurrente a las maniguas en las afueras del pueblo, allá a la orilla del río temiendo la sorpresa de los policías. Allí con cuatro o seis perdularios se jugaba hasta la camisa y no era difícil que armara camorra y dijese un montón de malas palabras a los que le ganaban los cuartos y le tenían miedo. Alberto tenía siempre en los bolsillos algunas pesetas y pañuelos de seda que, decían las gentes, eran regalos de Cristina, la mujer de José Canastas, un hombre bueno, pero que se

ponía morfina y escandalizaba cuando se emborrachaba. Alberto fue siempre rechazado por Colina que lo odiaba por atrevido, y él la perseguía y molestaba en cuanto podía. La vio pasar y la detuvo.

—¿Qué quieres, Alberto?

—Me han dicho —contestó— que estás lo más recogidita echándotelas de mujer honrada.

—Sí, ¿te estorba que yo haga eso?

—Ya sabes que siempre te he querido mucho. ¿Por qué no me quieres tú?

—A ti; hombres como tú no merecen cariño de nadie. Bastante tienes ya con las que te aguantan tus abusos y tus bofetadas. Me voy, adiós.

Alberto la agarró por un brazo y la besó descaradamente, delante de los que pasaban, con ese descaro propio de los que lo han perdido todo. La calle estaba oscura. Una luz raquítica se moría dentro de los faroles y de algunas tiendas brotaba un chorro de claridad como una alfombra brillante que resaltaba sobre la densa oscuridad de la calle. Colina estaba furiosa; tenía rabia de aquel vagabundo explotador de mujeres; lo rechazaba, lo mordía, diciéndole insultos, mientras él la fatigaba cobardemente confiando en sus nervudos brazos. Al fin Colina logró desasirse y empujándolo violentamente echó a correr, dejando en el suelo aquel ejemplar del estiércol humano que se reía del susto que le había dado. Ella siguió corriendo, haciendo sonar

sus tacos sobre la acera, chocó con alguien que caminaba en dirección contraria y masculló algunas frases de excusa que salieron confusas y temblorosas de su garganta.

—¡Ah! —dijo—, ¿es usted, vecino?

—Sí, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué huye?

Era Pedro Carré, el albañil de ojos saltones y alma justiciera, el pobre obrero explotado en el andamio, el que pedía la igualdad humana, el hombre rudo que amaba la humanidad oprimida y odiaba la humanidad opresora; el hombre que quería otra sociedad, otra familia universal porque veía maldita la que se revuelca en la charca donde ha vivido eternamente una humanidad enferma.

Estaban los dos parados en la acera, frente a un portal lleno de luz que terminaba en la escalera que se doblaba ascendiendo. Colina tosió dos o tres veces, y se limpió la cara llena de sudor y polvo.

—¡Infame! —dijo—, ese infame ha abusado de mí, en la calle. No me he apartado de ellos para seguir haciendo desvergüenzas. Me rompió el vestido, todo porque quiero ser buena. Le aseguro a usted que no tuve ningún trabajo para ser mujer perdida. Eso se acabó, y no quiero volver. ¿Verdad, vecino?

—Sí; sea buena siempre, eso consuela. ¿De dónde viene usted tan llena de polvo?

—¡Ah!, del campo; un viaje inútil. ¿Qué lleva usted en esos potes?

—Medicinas para mi pobre madre que sufre unos ataques. Estoy temiendo no se quede en uno de ellos; tiemblo ante ese temor y, créame, tengo miedo de quedarme sin ella; la pobre vieja es mi único consuelo. Mi padre murió hace mucho tiempo; era albañil como yo, y un día se cayó del andamio. Lo que se recogió de él era sólo un montón de carne; no quiero acordarme. Desde entonces cuando estoy sobre un precipicio, siento un atroz deseo de tirarme en él. Muchas veces trabajando tengo que agarrarme a los cordeles y a las tablas, porque ese deseo me aturde como un vértigo, parece que el abismo me atrae.

—No piense en eso, vecino; olvide eso... Mire usted, viene gente por la escalera, vámonos de aquí.

—No, espere; son las mujeres de los ricos que van al baile.

Ante ellos pasaron algunas esculturas de carne; un grupo de damas envueltas en elegantes abrigos, una atmósfera de perfume envolviendo a cuerpos aprisionados bajo la seda, el raso y las muselinas.

Los brillantes en las orejas despedían reflejos tentadores y las monedas de las pulseras sonaron al pasar.

Taconearon un instante el piso de madera con los zapatitos de raso blanco, y aquella ola de carne pasó dejando un instante el olor de los perfumes. Aún se escucharon algunas risitas ahogadas de aquella gente que iba a la alegría, al ruido, al torbellino...

—¿Esperaba usted que nos diesen las buenas noches? Pues se equivocó usted de seguro —dijo Carré sonriendo con malicia—. No siempre yo me descubro ante el lujo.

—Vecino, ¿nos vamos?

—Sí, vámonos. ¡Cuántas lágrimas habrán costado esos brillantes que lucen en las orejas! ¡Cuántas penas habrá ocultas bajo esa seda! Ellos en su lujo no saben lo que es miseria, no saben lo que es oír decir a los hijos “tengo hambre” cuando no hay nada qué darles. Esa riqueza encallece los corazones, rara vez hacen una limosna y cuando se acerca hasta ellos la infeliz viuda, la pobre jíbara flaca, anémica, enseñando su carne amarilla por los agujeros de su sucio vestido, la pobre fatigada de cargar dos o tres chiquillos, única herencia que le ha quedado en el mundo, la despiden con un despreciativo “perdone, hermana” y mandan cerrar las puertas porque los limosneros les molestan...

—Creo que usted exagera, vecino, yo conozco muchos ricos que tienen muy buen corazón, y hacen muchas limosnas a los pobres.

—¿Cuántos son? ¿Cuántos son? Muy pocos, muy pocos. Si todos esos ricos no tuviesen tan encallecidos los sentimientos y quisieran hacer mucho más de lo que pueden por los que nada tienen, mucho se evitaría, mucha desgracia y mucha miseria habría de remediarse. Pero son todos unos pobres más pobres que nosotros y más desgraciados.

—Vecino, usted está terrible, la enfermedad de su madre lo trastorna.

—Es verdad, cualquier momento, un ataque mata a la pobre vieja, y terminan sus achaques; eso me enloquece, eso me perturba.

Y echaron a andar a lo largo de la calle oscura haciendo sonar sus pasos sobre la acera de viejos ladrillos desgastados ya por el tiempo. Eran dos temores que caminaban; dos inquietudes que no hablaban. A ella le mortificaba haber dejado sola tanto tiempo a su hijita, temía algo, y se decía no sabía ser madre. Además, ¿por qué había de suceder nada? Carré no hablaba, porque tenía un infierno en su cabeza. Hacía un año tuvo su madre un ataque, y el médico le había dicho los síntomas que anunciarían la muerte de la pobre vieja. Esto era acabado, y aquel organismo, aquella pobre lavandera y cocinera, terminaba su vida echada, allí en un catre con las piernas hinchadas por la erisipela...

El patio estaba triste; en aquella oscuridad la ropa blanca tendida sobre los cordeles, semejava extrañas manchas balanceadas por el aire fresco de la noche.

Colina corrió a su agujero gritando: “¡Puchita, Puchita! ¿Dónde están los fósforos?”. Y tanteaba sobre la mesa derribando las copas... “¡Puchita, Puchita!...”. Brilló la luz. Puchita estaba en el suelo, acurrucada, con las manecitas entre las piernas, dormidita allí, respirando suavemente...

—¡Puchita, Puchita!, ¡despiértate! ¡Dios mío! Tú tienes calentura.

Y se asomó a la puerta como si quisiese llamar a alguien, pedir socorro. En la puerta se detuvo turbada, sin saber qué hacer, y llegó hasta ella el rumor de una música. Allá en la esquina de la calle se alzaba el edificio lleno de luz y por las ventanas se veían cruzar las elegantes parejas locas en el alegre torbellino del baile.

—¡Puchita, Puchita!

Y la levantó, la besó; tenía la piel enrojecida, los labios resecos, los ojos brillantes con el brillo de la calentura; aquellos besos quemaban los labios de Colina, la recostó sobre su seno que se hinchaba bajo la emoción que sentía, tenía la salvaje inquietud de la madre que adora sus cachorros y los ve decaídos, inermes; hubiera querido absorber y pasar a su carne aquella fiebre tremenda; se sentía nerviosa, y tuvo ganas de llorar.

Se irguió de pronto; sintió ruido, algo que se caía en el húmedo y oscuro patio, y tuvo miedo, y pensó cien cosas a la vez; creyó que iban a matarla, a maltratarla; esos temores pueriles que asaltan como fantasmas a las imaginaciones nerviosas, golpe de sangre que baña el corazón que late apresuradamente, el susto que aturde mientras las piernas tiemblan... Carré llegó a la puerta, trastornado, y se agarró a ella porque se tambaleaba como si estuviese borracho.

—Vecina —dijo—, mi madre ha muerto.

Lo dijo como si tuviese reseca la garganta y la lengua no quisiera hablar; como una confesión que arranca el tormento, o el estertor de un agonizante. Era una pena que hablaba, un espíritu fatigado suplicando perdón.

Escuchó la música luego, y se ensordeció.

—¡Ah! —dijo—, estás bailando, sociedad infame, mientras yo lloro. Baila y emborráchate para engañar tus propias miserias. Baila, sociedad enfangada y crapulosa; ostenta tu lujo y muestra tus brillantes. No importa que mientas, no importa que finjas, pecadora, ahí estás bien en el estruendo y la orgía; baila mientras los demás se mueren de hambre. Derrocha en una noche lo que podría calmar muchos dolores y enjugar muchas lágrimas. Baila y emborráchate... ¡Prostituta!

Aquello era un delirio, era una protesta tremenda y salvaje; un grito de un alma atribulada. Luego se calmó, y empezó a sollozar.

La noche era hermosa; temblaban en la atmósfera húmeda armonías y gemidos, risas y suspiros, carcajadas y lloros. Allá en la esquina de la calle, el aturdimiento y la fiebre de la alegría, la dicha falsa de una noche provocada por los valores del licor que brilla bajo las luces en las copas de cristal, atmósfera de perfumes y risas; acá, una madre que muere casi sola en un mísero rancho de yaguas; una envoltura que empieza a podrirse, banquete

ofrecido a los gusanos; un hombre que solloza con rabia y pena; una mujer pública que sigue bebiendo el dolor humano; una chiquilla que tiembla en un pobre lecho, devorada por la fiebre, y al lado, en el camaranchón que se podría, el viejo limosnero que hablaba y se reía dormido, crujiendo a veces los dientes y revolcándose en sus trapos hediondos llenos de chinches...

III

Después del terrible huracán del 8 de agosto de 1899,³⁰ la miseria llegó a la desesperación. Fue aquello un insulto de la fatalidad a los dolores de un pueblo, una es-

³⁰ El huracán San Ciriaco en la historia puertorriqueña ha sido estudiado por diversos intelectuales, entre ellos, Raquel Rosario, Josefa Santiago, Ángel Ortiz Díaz, Luis Pabón Batlle e Irene Fernández. Asimismo, Stuart Schwartz en "The Hurricane of San Ciriaco: Disaster, Politics and Society in Puerto Rico, 1899-1901", *Hispanic American Historical Review*, núm. 72, 1992, pp. 303-334. Schwartz destaca que el mismo facilitó que los estadounidenses se adueñaran de las tierras agrícolas e impusieran el monocultivo en la Isla. La venta de los terrenos de los propietarios que se fueron a la ruina fue uno de los elementos que más contribuyeron a la construcción de centrales azucareras y la siembra de caña en toda la Isla. Sobre la importancia del huracán puede verse el trabajo de Josefa Santiago: "San Ciriaco y las mentalidades que circundaban la salud pública", *La llegada del cíclope: percepciones de San Ciriaco a cien años de su visita*, Raquel Rosario (ed.), Santurce, Fundación Puertorriqueña de las Humanidades/National Endowment for the Humanities, 2000.

pantosa desgracia que arrancó un grito de dolor a todos los pechos, grito que ha debido ensordecir el espacio. ¿Había necesidad de nuevos males? Eso afligió a los corazones fuertes, desesperación mezclada con vergüenza, y ahora ese pueblo lloraba su pasado y su presente. Aquello no era más que un montón de ruinas; un cementerio que alumbraba con su hálito de fuego el sol de la indiferencia.

Para unos fue la libertad; para los que dormían el sueño eterno bajo los escombros enseñando los pies descalzos, amarillentos, rígidos; habían terminado ya, solucionado el problema. Mejor era así. Si no se esperaba nada porque la miseria convierte en estúpidos a sus elegidos, ¿a qué esperar más? Fue la vida de un soplo; siempre igual. Se nació, se creció y se vivió en el mismo rancho de yaguas; ese rancho fue su cuna; ahora también fue su tumba.

Para otros fue la desesperación; el pobre marido había muerto ahogado; se le encontró enganchado en las peladas ramas de una ceiba como un guiñapo humano detenido allí igual a un basurero. La viuda infeliz estaba en cinta y mientras hacía callar al chiquillo engañándole el hambre, haciéndole chupar sus pechos secos e inútiles, lloraba pensando en los suyos que se fueron, en su casita destruida, en su mísero pedazo de tierra cultivado y perdido... Ahora no era otra cosa que una mendiga más, desamparada y sola.

Para otros, fue el crimen. Se había trabajado con amor la tierra, se había defendido del fisco; aquello era su labor de muchos años, y no había un fragmento de tierra que no estuviese regado con su sudor; aquello era su esperanza, su alegría; confiaba en su cosecha para cubrir sus deudas y respirar con desahogo; contemplaba sus cafetos extendidos sobre la falda de la verde y hermosa montaña, el cafeto sembrado de florecitas blancas como perlas; su labor defendido, adorado, amado, vigilado sin cesar, trabajando antes que amaneciese, cantando mientras la cara se le llenaba de sudor y las manos se hinchaban pesadas y rudas por aquel penoso trabajo... Ahora estaba todo perdido; el huracán, como una maldición que pasa, había arrasado la tierra, había arrebatado los árboles, la vegetación, el detritus, y allí donde había un día antes una página de trabajo, constancia y honradez, no había ahora más que un cerro pelado, pedregoso y fatal, como un muerto que enseña el esqueleto después de haber devorado su carne los buitres. Después de la ruina, el suicidio. ¿Qué iba hacer? Estaba arruinado y estaba viejo ya. ¿Para qué vivir?...

¡El 8 de agosto fue terrible!

Parecía un tremendo duelo de los elementos que luchaban destruyendo abajo. Los añosos troncos se doblaban impulsados por aquellos salvajes empujes; el furioso aguacero quemaba las carnes y los vientos parecían po-

seídos de rabia; el pueblo se arruinaba, y el hundimiento de las casas arrancaba gritos humanos de desesperación que se mezclaban con los salvajes gritos de la tormenta. Aquello era hermoso y terrible.

¿De quién se vengaba el huracán? ¿De toda aquella pobre gente que vivía en un rincón del mundo? ¿De toda aquella masa anémica atemorizada? Las calles estaban llenas de escombros y las ramas de los árboles se desgajaban como si un titán estuviese desgarrando la obra de la naturaleza. Era el oleaje de la tempestad que derruía, aplastaba, rompía gritando de un modo salvaje la terrible canción de las ruinas. Se rezaba y se lloraba. Se llamaba a Dios o se maldecía, y en los rincones, en la larga hilera de pobres casas y míseros ranchos de yaguas, las recién paridas envolvían [a] los pobres niños en sucios trapos chorreando agua y lapachaban con los pies descalzos sobre el frío fango de las calles.

Los bomberos fueron héroes: la camisa de lana y los calzones azules de franja roja eran casi inútiles; el agua les quemaba la cara y bajo aquel diluvio de planchas de hierro, maderos arrebatados y fragmentos de muebles, avanzaban contra el viento que los envolvía, los fatigaba, y los derribaba al suelo como si fuesen débiles cañas. El viento lo podía todo; se diría que Dios se olvidaba de aquella humanidad que sufría la rabia de aquel tremendo duelo salvaje y fatal.

Después calmó la tempestad y llegó la noche, la noche temerosa, oscura, y el aguacero arreció espantosamente como si el agua quisiese hundir la tierra, y en aquella oscuridad palpable, tinieblas pesadas que ocultaban tantas miserias y tantos dolores, sólo se distinguían las luces de las linternas que llevaban los bomberos como puntos rojos que se agitaban continuamente en aquel escenario triste de desolación y ruina.

Aquella noche se creyó eterna; parecía la última noche del mundo.

Por la mañana el sol paseó una luz tibia sobre el desastre, y los espíritus fatigados se volvían a Dios en mudo interrogatorio. Toda aquella abigarrada colección de seres humanos agrupados como un montón informe en el patio donde humeaban unos troncos de leña húmeda que no querían arder, toda aquella masa de carne desgredada que estaba allí echada sobre el suelo, sin hogar y sin pan, era la apoteosis del huracán, el desenlace de un crimen de la naturaleza, el final de una hecatombe y el prólogo de un drama.³¹

³¹ De acuerdo con Stuart Schwartz, el huracán San Ciriaco fue el peor de los ciclones que la Isla había sufrido hasta ese momento. "Los vientos huracanados, las lluvias y las inundaciones que le acompañaron, ocasionaron sobre 3 000 muertes o más de tres veces el total de pérdidas registradas en todos los huracanes que había sufrido la Isla". En Ponce murieron quinientas personas.

Ahora se volvía a empezar de nuevo.

Todo estaba en ruinas; la cosecha perdida, las esperanzas defraudadas, los caminos llenos de basura y fango, la pradera asolada, el valle triste, los añosos troncos derribados como colosos vencidos, el eterno y largo montón, el basurero enorme, el detritus, la riqueza de la tierra confundida acá abajo, perdida, arrastrada por el río de agua sucia que caminaba hacia el mar sobre el que flotaba la ruina de un pueblo.

Aquel era el escenario de la desesperación y todos los corazones estaban oprimidos, desalentados ante la oscuridad de lo venidero; no se sabía hasta dónde se podría llegar, se temía todo porque se había perdido todo, y en el trastorno que inspiraba tamaña desgracia se contemplaba el montón de ahogados, las víctimas de la creciente poderosa, los pobres despojos de la muerte, la carne mutilada de aquellos muertos tirados a la orilla del río, la desnudez humana exhibida bajo el cielo despejado que sonreía después del desastre; el impudor de la muerte que se ostentaba en aquellos troncos desfigurados, amo-

mayormente ahogadas. Stuart Schwartz, "The Hurricane of San Ciriaco: Disaster, Politics and Society in Puerto Rico, 1899-1901", ed. cit., p. 2. Según la investigadora Raquel Rosario, de un total de 957 779 personas que residían en la Isla, quedaron indigentes 314 310. Las pérdidas económicas fueron de unos 20 000 000 pesos.

ratados, de miembros decaídos e inermes en confusión grosera y abrazo terrible, los actores de aquel drama tremendo sobre los que zumbaba una nube de moscas como siniestra sinfonía de carne hedionda.

Los ojos se llenaban de lágrimas.

Se hablaba en voz baja, se comentaba en silencio como si se estuviese ante un cadáver. ¡Ay!, sí, era el dolor de un pueblo que había llegado a la desesperación.

¡Qué tremendo escenario! El hambre y la miseria empujaron a las poblaciones, a los que se morían en el campo; caravanas enteras de gentes desvalidas invadieron las calles; venían llorando, temerosos aún, como si todavía los persiguiese el desastre; contaban cosas tremendas ocurridas ante ellos, se recordaban escenas de una ternura y valor sublimes, tragedias que quedaron ignoradas y toda aquella infeliz gente se agrupaba en los portales, en las escaleras, en cualquier rincón donde cupiesen, y de noche echados en las aceras, la luna alumbraba sus pobres cuerpos acostados en la calle, temblando alguno de fiebre,³² mientras lloraban los chiquillos y humea-

³² Bailey K. Ashford afirma en su autobiografía que el hospital en que trabajaba se llenó de "espectros", pues estaba atestado con aquéllos que habían bajado de las montañas por los efectos de San Ciriaco. Sobre las enfermedades que se suscitaron por las condiciones en que quedó la nación, apuntó que "hubo miles de enfermos con diarreas graves,

ban algunos leños mal encendidos para hacer una mala sopa que hervía en medio de la calle.

Era preciso soportar aquella nueva desgracia, era preciso resistir la nueva prueba, prueba terrible que trastornaba, que enloquecía. ¡Cuántos, cuántos sintieron turbada su razón y fueron impotentes para resistir su desgracia y su ruina! Desesperados, hundido su bienestar, perdida la cosecha, destruida la finca, teniendo ante sí la perspectiva de la miseria y la vergüenza, prefirieron el suicidio dejando en la orfandad cuanto se había amado, cuanto se había querido. Fue una gran desgracia, un tremendo azote como si ese pueblo hubiese cometido grandes crímenes.³³ Entonces todas las

se extendió mucho la fiebre tifoidea y los resultados de la exposición a la intemperie aumentaron enormemente el número de enfermos". *Un soldado de la ciencia. Autobiografía del coronel de sanidad Dr. Ashford*, ed. cit., p. 48.

³³ El huracán suscitó entre el pueblo menos educado la visión de que lo sucedido había sido castigo divino: "un símbolo de la justa ira de Dios hacia la ocupación americana". Hubo dos concepciones teológicas preponderantes: la de la Iglesia católica, que había sido desvalorizada por el imperialismo y la religión de los nuevos colonizadores, y la de los protestantes recién llegados a Puerto Rico que señalaban que ésta era la oportunidad de realizar una obra evangélica, y reclamaban que los culpables eran los españoles atrasados en materia religiosa. Ángel Luis Ortiz Díaz termina su ensayo sobre el ciclón señalando que en el sector católico "en su jerarquía

manos se alargaron para no presenciar tanta agonía. Las casas derruidas fueron invadidas, se disputaba un agujero donde poder echar el cuerpo; los sitios desocupados se tomaron por asalto y no era posible contener la irrupción de aquella pobre gente que no cesaba de hablar y pensar en su desgracia.

Sí, las manos se alargaron; era el hermano quien agonizaba, quien necesitaba auxilios. Sentados en el suelo, agrupados en las aceras eran toda una colección de tipos abigarrados, un enjambre de desamparados.

Sombreros de paja, pañuelos sucios atados sobre cabezas desgredadas, pantalones llenos de remiendos y manchados, pies descalzos, rostros macilentos, manos rudas, todo mezclado entre los que campeaba algún rostro juvenil de ojos hermosos, y la faz cansada de la pobre vieja envuelta en trapos echada en el suelo, inútil y triste...

Estaba aún el temor fijo en la mente; se sabía que por imprevisión, por descuidos, habían sucedido grandes desgracias que debieron evitarse. El río había crecido sorprendiendo a los que vivían cerca de la orilla; la turbación se apoderó de los espíritus y después del desastre

prohispana prevaleció el pesimismo y una idea de abandono por parte de la Virgen y del apóstol san Pablo". "San Ciriaco: el azote divino", *La llegada del cíclope: percepciones de San Ciriaco a cien años de su visita*, ed. cit., p. 88.

aún fuera del espanto se temía que llegara nuevamente el huracán como si debiese volver a completar la ruina.

Una noche volvió a llover; se sentía pesada la atmósfera y hacía un calor tremendo. La lluvia arreció y empezaron a moverse en la oscuridad las linternas de los bomberos.

Fue preciso traer a remolque toda la gente que vivía en los barrios bajos, en las casitas de yaguas que habían quedado en pie. No querían ir algunos; decían que estaban fastidiados ya, que viniese de una vez todo para acabar de una vez la vida miserable y tan pobre. En uno de aquellos suburbios pasó una escena dolorosa. Era una casita de yaguas, que el viento no destruyó por completo. Se sostenía apenas porque era preciso sostenerla y casi caía sobre la calle no parecía vivienda humana.

Echada en el suelo, cubierta con un fragmento de frisa sucia y deshilachada, una pobre vieja tiritaba presa de una terrible calentura. Cuando entraron los bomberos para sacarla de allí, las linternas alumbraron débilmente aquella decoración de la miseria, y se escucharon los lloriqueos de un niño echado junto a la vieja que estaba delirando. Ella había esperado en vano a su hijo, su único hijo. Alguno dijo que lo habían encontrado ahogado en la boca del río, y la pobre vieja enferma había perdido la razón sin querer apartarse de su nietecito que lloraba porque tenía hambre. Fue preciso sacarla

a la fuerza, sin hacer caso de sus palabras, y llevarla al parque de los bomberos; entonces el niño comió algunas galletas y se durmió en un rincón pegado a la abuela mientras ella preguntaba por su hijo que no debía volver a ver.

Cosas tremendas habían pasado.

Un matrimonio joven que vivía en su quinta durante esa época del calor, fue sorprendido por la creciente; la noche oscura los envolvió y el marido separado de su esposa y sus hijos pudo salvarse, pero la familia, la esposa y los hijitos hicieron montón de carne amoratada. El pobre marido lloró con desesperación sobre aquellos despojos mutilados.

Viudas, huérfanos, locos, desesperados, mendigos, arruinados... Toda esa humanidad caminaba sobre los escombros y pisaba las ruinas extendidas aún en las calles. Las ramas estaban aún amontonadas, los tejados de las casas derrumbadas obstruían el paso, montones de fango por todas partes. En la iglesia del pueblo, la esfera del reloj había sido arrancada violentamente de su sitio por la fuerza del viento y tocaba locamente la campana dando largos sonidos desordenados que temblaban tristemente en medio del silencio de la noche. ¿Qué iba a ser de ese pueblo? El hambre se sentó a su lado. ¿Tendría bastante civismo para salir él solo sin ayuda de nadie, de esa nueva desgracia? ¿Daría muestras ese pueblo de amor

a sus hermanos, y continuarían los corazones palpitando de compasión por los más desgraciados? Entonces, otro pueblo que acababa de llegar en son de guerra, que acababa de convertirse en dueño de ese pueblo sin interrogarle, que se apoderó de su suelo como si estuviese al alcance del más fuerte, ley que obliga a los débiles a convertirse en presa bélica y ser juguete de los azares de una lucha, otro pueblo de hombres con el cabello rubio y ojos azules como los hijos del Rin, otro pueblo distinto, otra raza, otra familia estiró la mano y los náufragos de la Flor de Mayo dieron a Agüeybaná una limosna.³⁴

Tenían hambre, querían comer y se abalanzaron como enloquecidos sobre los montones e hincaron el diente en la carne.

¿Quién razona? ¿Quién discute cuando agoniza?

Los carros llegaban saltando estruendosamente sobre las piedras de la calle y arrojaban al suelo las cajas

³⁴ Levis textualiza aquí la presencia de los norteamericanos en la Isla poco después de la invasión estadounidense, pero la referencia no es directa debido a la censura que existía en Puerto Rico. La literatura de comienzos de siglo se distingue por ser en ocasiones hermética, pues era la forma de evadir la censura impuesta. Sobre este tema puede verse: María del Pilar Pla Rodríguez, "La censura en la prensa durante el gobierno militar de Estados Unidos en Puerto Rico, 1898-1900", tesis de Maestría, Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, 1996.

y los sacos atestados de galletas y carne. Los almacenes fueron habilitados para depositar aquella grasa fría, los rostros se animaban con las líneas del que tiene hambre y va a comer; empezaron a circular latas relucientes, la gente se apiñaba aventando las narices, los cuellos se alargaban para ver el hermoso espectáculo de aquellos barriles amontonados que despedían incitantes olores de almacén, los espíritus se sintieron alborozados, y empezó el reparto... ¡Se iba a comer al fin!

Aquella era la feria del hambre.

Allí estaban otra vez los comparsas, la carne anémica, los rostros pálidos.

La muchedumbre enloquecida, apiñada allí, sudorosa, resollando se disputaba un agujero para coger un puñado de arroz y un pedazo de carne. Los niños se mezclaron con los viejos, las tiernas vírgenes se apretaban con las desgastadas materias de la ancianidad; aquel abigarramiento de tipos, aquella procesión de pobres seres, aquel desfile espantoso de la miseria, aquel racimo de carne, aquella confusión, aquella mezcla de sudores, cabellos, trapos, greñas, quejidos, suspiros, sollozos, gritos, súplicas; aquella masa que se apiñaba allí empujada violentamente, insistente, forcejeante muralla que no cejaba, brazos que se elevaban a lo alto, aquella muchedumbre que lapachaba en el fango cuando llovía, y sudaba cuando el sol quemaba, toda aquella pobre gente,

¡ay!, era un pueblo que tenía hambre y hubiera aceptado una limosna de cualquiera, y besado la mano que se la ofreciese.

Era una limosna que humillaba.

Ese pueblo no fue mendigo jamás; más grande, más armónico, más sublime hubiera sido que aquellos brazos que se alzaban reclamando su parte, se hubieran inclinado sudorosos en el trabajo, en el trabajo que dignifica, en el trabajo que no acepta humillaciones porque no las necesita. Ese pueblo ha sido laborioso siempre. ¿A qué envilecerle agrupándolo a la puerta de los almacenes, esperando turno para coger un manojo de comistrajo?

Se acostumbró a pedir; bajaba de los campos en oleadas y cuando no le daban se echaba en las aceras con el saco al lado, embrutecido en su deseo, y esperaba el estruendo de los carros que venían a hartar los estómagos.

Después, la feria del hambre se convirtió en la feria del escándalo y la deshonra.

La tarde estaba triste; lloviznaba de cuando en cuando, lloviznas frías que humedecían los cuerpos, y el suelo estaba fangoso. Todo el día había llovido, y bajo la lluvia insistente continuaba el reparto, el agolpamiento, las manos estiradas esperando turno. Algunas veces aquella pared de carne retrocedía violentamente como si brazos de hierro la empujasen, la rechazasen; entonces caían al suelo algunos niños, y algunos sombreros; se oían gri-

tos y risotadas, pero la pared de carne volvía a unirse, a sofocarse, a llamar mientras lapachaba sobre el fango de la calle y la lluvia humedecía sus harapos.

Un viejo sentado en el suelo, sobre las piedras de la acera, tenía la cabeza entre las manos. Estaba descalzo, los pantalones envueltos hasta las rodillas y los pies llenos de fango. Era un viejo de cabeza enmarañada que estaba echado allí sobre el suelo, tal vez cansado de una inútil espera y con el saco al lado y el palo entre las piernas se había entregado al desaliento. Su barba canosa mostraba sobre ella algunos fragmentos de galletas, y bajo la lluvia, casi indiferente miraba con los ojos fijos la calle enfangada que pisoteaba la muchedumbre. Un chiquillo, vistiendo una camisita salpicada de barro, lloriqueaba echado sobre los brazos de una pobre mujer que no conseguía hacerle callar; lo mecía besándolo, lo alzaba en alto bajo las lloviznas menudas. La pobre mujer se desesperaba hasta que introdujo una mano en su seno y puso en la boca del chiquillo uno de sus pechos, pedazo de carne flaco y amarillento, fuente agotada por el hambre. El chiquillo mamaba con deseo, con el negruzco pezón metido en la boca, y las piernitas se agitaban alegremente. La mujer se pasó las manos por la cabeza y le dijo al viejo:

—¿Qué le parece?, no he podido conseguir nada; estoy viniendo con esta criaturita hace dos días y me vuelvo como vine.

Ella era un tipo vulgar de mujer de campo, un resto de belleza ajada en los trabajos fatigosos y la vida ruda y pobre. Cuando era joven, que bajaba al pueblo los días de fiesta con la cabeza llena de flores que agrupaba sobre sus cabellos grasosos, el cuello rodeado de cuentas de vidrio y perlas sin brillo, en las orejas zarcillos largos de piedras azules, el vestido cargado en lazos de colores fuertes, el talle subido hasta casi bajo los brazos, los pies descalzos, el pañuelo salpicado de perfumes baratos y el aire y el andar inarmónico, ondeante, acostumbrada a andar largas jornadas a pie y trepar como cabras a los montes cuando llega la cosecha y se busca en las alturas medio escondido entre los árboles, casi perdido, suspendido a veces sobre un abismo, el rancho de yaguas, mísero bohío que no parece vivienda humana, y donde se pasa muchas veces la vida encerrada en el angosto círculo, con las aspiraciones casi muertas, embrutecida en la salvaje monotonía, viviendo ignorante sin haber a veces visto al azul del mar... Entonces era casi feliz, era bonita y los mozos del barrio, los galanes de pies desnudos y pañuelo perfumado alrededor del cuello, se disputaban sus miradas. Era bella entonces, tenía los ojos hermosos, las mejillas rosadas, los brazos bien hechos algo quemados por el sol; nadie cantaba como ella una copla de sabor campestre, y en la quebrada que caía alborotando sobre las piedras, a veces de arriba, de lo alto del monte, y a veces

pasando profunda, abajo, abajo, que daba miedo mirarla desde el angosto camino donde era preciso llevar de mano los caballos por temor a caerse, ella, la hija del campo, golpeando la ropa contra las piedras, y con el vestido apretado entre las piernas, en cuclillas sobre el cascajo, los brazos desnudos y el pelo suelto en rizos que caían sobre su seno de virgen, era la envidia de las muchachas y el deseo de los mozos de aquellas abruptas montañas. Al nacer le pusieron por nombre Bella, y así la llamaron siempre. Después se casó como se casan esas pobres hijas de los campos; el casamiento fue gran acontecimiento y empezó el desbordamiento del vientre como si se acostumbra a continuos partos. Se llenó de hijos y eso no sirvió más que para aumentar la miseria. Los trabajos mal pagados y duros; ellos mal comidos porque antes de amanecer se bebe un mísero trago de café muchas veces amargo, y se va el marido a la faena ruda, tremenda, bajo el sol que tuesta y la fatiga que hace brotar a chorros el sudor de la cara. Mal vestidos, viviendo en agujeros forrados de yaguas, especie de nidos de águilas, por único alimento casi siempre guineos cocidos y pedazos de bacalao salado, alimento que contrasta con la labor penosa que agota las fuerzas... Así había vivido la campesina hasta que el huracán inundó los campos, arrancó la casita, pereció ahogado el marido y algunos hijos, y ella quedó casi sola, viuda y miserable.

Cuando supo que se daban provisiones bajó con el chiquillo y un saco al que no conseguía echar algunos fragmentos de comida. Había dormido donde pudo, y una noche la pasó despierta porque se quería abusar de ella y de su miseria. Aún era bonita y no bastaba su hambre para atormentarla. Los restos de su belleza no la defendían de la infamia. Ahora estaba otra vez allí formando número confundida con aquella caravana que pedía agolpándose, empujada, atropellada bajo el cielo brumoso y triste de la tarde sin sol, bajo las lloviznas menudas que mojaban los harapos...

El viejo de barba larga y cabeza enmarañada la miró con ojos extraviados y dijo:

—Estoy ya que si me hubiera ahogado en la creciente, Dios lo hubiera hecho mejor. No valía la pena que me salvara yo con mis dos hijos y tener luego que haber deseado la muerte de la mujercita. Esa condenada repartición fue su desgracia y en mala hora vino conmigo la muchacha. Yo estaba enfermo, arrinconado ahí en una casa que me tienen por caridad, y mandaba la mujercita con el saco a buscar algo. Más valía que nada me hubieran dado, porque me la volvieron loca, me la aturdieron. Creo que un infame, que tenga mal fin, me la enamoró y le daba todos los días las provisiones hasta que se la llevaron a ella, y la pobrecita no se ha atrevido volver. Se esconde de mí porque creo que la mato en cuanto me encuentre

con ella. Para estas cosas no hay justicia ni en la tierra, ni en ninguna parte.

El chiquillo había dejado de mamar en los pechos flacos, y se escurrió hasta el suelo. La madre ocultó aquella fuente pobre, y se rascó otra vez la cabeza, con desesperación.

—Eso es un desorden —dijo ella—, un abuso y una mala fe. Las mujeres que son buenas mozas las atienden primero y las despachan, y las cargan de latas y galletas. Ya que hacen la caridad, que la hagan bien y tengan a una aquí, esperando y atropellándose en este trajín. Dicen que han puesto hasta tiendas con tanto sacar, haciendo negocios. ¿No dicen que es para los pobres? Pues los ricos se las están llevando. Debíamos morirnos de una vez para salir de tanto ajogamiento. ¡Si no fuera por esas criaturitas de Dios!...

Siguieron hablando, contando cómo se habían pervertido bastantes muchachas porque la necesidad las obligaba a eso; decían que se abusaba del reparto para manosear mujeres y profanarlas a cambio de puñados de comestralajo; contaban cómo se llevaban las provisiones, y cómo se empleó bastante mal toda aquella grasa como si la fiebre del desorden, el aspecto de las cajas atestadas de galletas, los barriles repletos de carne, y los montones de latas relucientes con etiquetas de vivos colores, hubiesen despertado el afán del despilfarro, del negocio, del desorden, y el escándalo.

Para eso llegaban los carros saltando sobre las piedras del camino, para eso se había agrupado allí a un pueblo laborioso, para embrutecerlo en la limosna y el derroche.

Las lloviznas cesaron y soplaban un aire frío; al suelo fangoso hollado por tantos pies, se mezclaban fragmentos de galletas, y las latas vacías rodaban salpicadas de fango. Se escuchaban risas y murmullos y los sacos llenos de los que habían conseguido su ración, desfilaban, pasaban en larga procesión. La tarde caía ya y el almacén se cerraba burlando las esperanzas de los que habían sido empujados todo el día alargando la mano pálida en demanda de un fragmento de grasa. La noche cerró luego oscura y fría, y los cuerpos de aquella pobre gente buscaron un agujero, un rincón donde echarse y dormir el sueño de la vigilia.

El viejo del palo se había alejado, encorvado, con las manos anchas abiertas sobre la cintura, y la madre del chiquillo echó a andar con su hijo al hombro y el saco vacío. Vio casi abierta una puerta y metió la cabeza; de dentro salía un chirrido y olores de cocina.

A la entrada, como una veleta, giraba un cancel cuadrado hecho de lienzo blanco ostentando pinturas chillonas. En gruesas letras hechas de rojo y azul se leía:

American Restaurant

Delante del fogón una mulata gordísima echaba en la sartén cucharadas de manteca, y el bodegón se iluminaba con los reflejos de la candela. En la mesa, sentados algunos hombres en sillas y bancos, hablaban o jugaban sacando bolos de un saco mugriento. En el suelo estaban echadas algunas mujeres y muchachos. Las paredes en su parte baja estaban salpicadas de salivas de tabaco. La sala estaba dividida en medio por un lienzo largo sostenido por listones de madera; en la tela estaban dibujados groseramente botellas, platos, frutas, y en los huecos semejando puertas, caían dos cortinas de vivos colores atadas a un lado por pedazos de cintas pálidas y deslustradas.

En alto, sobre las mesas, detrás del cancel decorado por inhábil artista, se alzaba una muestra de cartón donde estaba pintado, del mismo modo que las frutas, una figura negra que imitaba un gato saltando sobre unas letras rojas:

El Gato Negro

Decían las letras. El dueño de la fonda, Domingo Pariche, un hombre rudo, había encanecido en el negocio de mulas del que tenía hecho algún capital. Entonces se podía andar por aquellos andurriales para guardar algún dinero. Cuando empezó a sentirse viejo, se enamoró de una chiquilla

de ojos vivos y labios rojos. Domingo Pariche perdió los estribos por la chiquilla, y se casó con ella sacándola de la miseria a ella, y su abuela, una vieja achacosa que lo adoró como un hijo. Domingo se creyó feliz porque amaba a su mujer. Un día alguien le dijo que su mujer se inyectaba morfina, y eso lo violentó. El vicio hizo decaer a su pobre mujer antes tan buena, y un día ella desapareció de la casa huyendo con el compañero de Domingo, un tratante en caballos y mulas. Domingo no preguntó más por su mujer, pero desde entonces puso El Gato Negro y vendió centenares de papeletas de morfina burlando la prohibición. Era un feroz propagador del mal y había vuelto a guardar mucho dinero con el negocio. No había modo de acabar con los morfínicos; el vicio estaba ya muy hondo; eran vigilados, separados, reclusos a un hospital, alejados de todo el mundo como si contagiasen la atmósfera.

Llenos de llagas, flacos, casi esqueletos semejantes a momias, con la piel pegada a los huesos acababan por caerse a pedazos y morir presa de los mayores dolores sintiendo cómo los gusanos se agitaban en sus úlceras. Habían sido jóvenes, elegantes unos, obreros infatigables y honrados otros; bellezas femeninas, mujeres de hermosa presencia, pobres y ricas, jóvenes o viejos, dominados todos por el dulce éxtasis que les hace soñar cosas agradables como los borrachos del opio, semejaban una caravana

de leprosos, desnudos, llenos de llagas, repugnantes, deformes, asquerosos.

Del hospital donde estaban reclusos, salían gritos y exclamaciones. Andaban por las salas como espectros, como fantasmas escapados de sus tumbas; algunos echados en las camas, otros sentados en un rincón con la cabeza, casi sin cabello, entre las manos, quejándose del dolor de sus lepras. Privados de inyectarse, sintiendo la necesidad de experimentar los efectos del vicio, desesperados, locos, daban el resto de su vida por un mísero fragmento de morfina.

Iban a la cárcel por rateros porque, atormentados por el deseo, robaban en los patios, y en las tiendas. Decaídos, envejecidos, abandonados, sucios, con el pelo largo y los vestidos destrozados, los ojos siempre soñolientos y arrastrando unas chanclas, eran una mancha de suciedad, carne que se podría sobre el montón del estercolero social. Domingo Pariche burlaba la persecución de su infame comercio, y fingiendo indiferencia, cruzadas las manos por detrás, el vientre grueso, abultado, brotando afuera tras la camisa sucia por la parte de aquella carne que temblaba, se paseaba entre los concurrentes al Gato Negro mirando de reojo los cuerpos de los campesinos echados en el suelo manchado con tanta saliva de tabaco. Domingo vio a Bella en la puerta y preguntó:

—¿Qué quieres? Estoy harto ya de ustedes, me manchan el suelo y me dan quehacer. ¿Qué quieres?

—Tengo hambre. Si usted me diera...

—¡Un demonio te daría! Siempre estoy dando. ¿No van ustedes a coger provisiones? No se hartan nunca.

Era un hombre brutal, rudo, pero acabó por coger un pedazo de pan y darlo a Bella. Ella lo cogió y se alejó de la puerta que iluminó un momento la roja llama de la cocina, donde chirriaba la manteca en la negra sartén que movía con sus manos gruesas la cocinera. Bella se fue; el chiquillo se había dormido sobre sus hombros y el saco vacío semejaba como ella un estómago hambriento. Anduvo un poco pisando el fango de las calles oscuras ahora, débilmente alumbradas por los faroles de gas, y se detenía en las tiendas mirando los aparadores, de donde colgaban hermosos salchichones forrados de papel plateado que brillaban heridos por las luces de los quinqués, donde revoloteaban maripositas que chocaban contra los tubos de vidrio. Miraba los dependientes de las tiendas echados algunos sobre el mostrador mugriento, mordiendo granos y charlando con los pocos compradores que llegaban. Después ella quiso echarse en el balcón de una casa. Los obreros habían dejado allí los andamios llenando el balcón, y la fachada brillaba al reflejo del farol de la esquina; salía de allí un fresco olor a pintura, y Bella creyó poder reposar y dormir, aunque

fuese casi a la intemperie. El guarda llegó y la obligó a irse a la calle porque dijo que manchaban la casa y había que lavar sus porquerías. Era tarde ya, el viento empezó a soplar y sintió ella sobre el rostro algunas lloviznas frías. El chiquillo acabó también por despertarse y empezó a llorar de nuevo, a llorar porque tenía hambre. Ella pidió limosna a los transeúntes que pasaban lapachando sobre el fango; algunos pasaban tosiendo, desgarrando la garganta, otros, envueltos en capotes con la capucha echada sobre los sombreros, pero nadie daba una limosna a la campesina. Sopló el viento fuerte, y el chiquillo seguía llorando y ella caminaba sobre las calles como un idiota, procurando calmar con sus besos el hambre de su hijo. Después tuvo miedo y se echó a llorar maldiciendo su suerte y diciendo que no había caridad para los pobres. Vio venir un grupo de hombres que hablaban en voz alta y reían con fuerza, empujándose unos a otros; se acercó a ellos y pidió una limosna para su hijo que tenía hambre. Uno de ellos que tenía la voz lenta y aspecto de borracho, la miró con descaro y quiso manosearla mientras los demás le decían baladronadas, porque era bonita, tenía un hijo y andaba por las calles a esas horas. Ella los insultaba y quería huir. Alguien llegó entonces y dijo con tono fuerte:

—¿Por qué se abusa de esa pobre mujer? No pueden ustedes negar lo que son. ¡Perdidos!

Era Pedro Carré, el albañil que iba a su casa y tomaba parte en aquella escena. Ellos querían bromear aún y, alzando las botellas, decían:

—Deje, deje usted, maestro, que enamoremos a esta j́bara. ¿No le parece que es buena moza? Dígalo usted con franqueza..., ¿eh?

—Eso es lo único —dijo Carré— que saben hacer ustedes bien; abusar de las mujeres, emborracharse como unos imbéciles, y gastar miserablemente el dinero. ¿Crees, juventud inútil, que has de estar siempre borracha? Compra en libros la mitad de lo que gastas en pervertirte.

—¡Bien por el maestro! —repuso uno de ellos—; tiene razón, pero nosotros seguimos en lo mismo, y le dejamos a usted con la campesina. ¡Que le aproveche, maestro!

Y se fueron riéndose a carcajadas; se les vio luego agrupados bajo un farol y después el eco de las carcajadas se extinguió.

Lloviznaba y el obrero miró a Bella.

—¿Por qué —dijo— anda usted sola por las calles? ¿No ha encontrado dónde dormir con ese pobre chiquillo?

—Me metí —dijo ella— en el balcón de una casa, y me echaron; no he tenido nada para darle a este muchachito, y esos vagos querían abusar de mí.

—Véngase usted —dijo Carré—, yo la llevaré dónde recogerse.

Echaron a andar sobre el fango de la calle; seguía lloviznando, y el viento frío soplaba; los charcos de agua reflejaban la luz pobre que salía de los faroles, la noche era húmeda, y la oscuridad apenas dejaba examinar el camino; por las rendijas de algunas casas se escapaba el reflejo de la luz. De lejos, a veces llegaba el ladrido de un perro, y parecía que la eterna noche del descanso había hecho presa en aquel pueblo dormido. Era el reposo, el reposo de los cuerpos bajo los techos, la tregua para entrar de nuevo en el eterno combate de la vida. En la atmósfera húmeda se confundía el resuello de aquel fragmento de la humanidad recluso en un rincón del mundo. Carré seguía delante, ella detrás; el chiquillo había vuelto a dormirse. El obrero se detuvo delante de una casita de pobre aspecto, y tocó.

—¡Vecinos, vecinos! —dijo llamando.

Nadie respondía, y tocó más fuerte.

Entonces se escuchó el eco de una voz robusta; alguien que despierta sobresaltado y responde algo dormido; después, esa especie de gruñido con que se acompaña el desperezo del cuerpo.

—¿Quién es? —dijeron de dentro.

—Yo, Carré —respondió el albañil—, dispensen ustedes que los moleste —la luz brilló en la casita.

—¡Santiago! —dijo una voz de mujer—, levántate, Carré está ahí.

—¿Quién? ¿Carré?, enseguida.

La puerta se abrió al fin. Colina y un hombre se acercaron.

—Vecinos —dijo Carré—. ¿Quieren ustedes hacer la caridad de recoger por esta noche a esta pobre mujer?

—Con mucho gusto, vecino, que pase, que pase, ¡y tiene un niño, y está dormidito, bendito sea Dios! Entre, entre usted, Puchita, Puchita, ven, hija, ven... Buenas noches, vecino.

La puerta volvió a cerrarse, y luego el silencio reinó absoluto en el hogar santificado por el arrepentimiento, el trabajo y la fe.

IV

Por la mañana, cuando el sol envió su luz, ya reinaba en la casa el afán de todos los días. Era un hogar tranquilo, un rincón alegre que había construido la constancia. Desde temprano, el sol bañaba de luz el frente y, colándose por las persianas pintadas de verde, reflejaba en el suelo las tablillas de la celosía. El balcón pintado de verde claro hacía contraste con el verde oscuro de la enredadera que enlazaba las maderas. Adentro, en la salita pintada de cal, los muebles brillaban sobre el suelo limpio siempre. Después el comedor, la galería reducida y la cocina. En el patio, había flores y matas de gallegos. Era el sueño realizado de la mujer que había sostenido para llegar hasta allí una lucha tremenda. Colina no había tenido miedo ante el horizonte, ante la vida que se había propuesto llevar. Al principio, para ganar el sustento para ella y Puchita, pasó los mayores apuros. Ella no sabía coser, ni planchar apenas; había estado sirviendo en las casas, buscando muestras en las tiendas, casi siempre en la

calle, y así no había podido aprender algo que le fuese útil. Buscó trabajo y no lo encontró.

Se desconfiaba de una mujer que había sido el escándalo y el desorden en todo el pueblo; la creían mala e incapaz de querer pensar en su regeneración.

Buscaba colocación en todas partes, se metió en las casas, y se vio obligada a disputar, como disputan los perros un hueso, el sustento para ellas dos. Muchas veces llegaba a su cuarto con los ojos húmedos y allí desfogaba su llanto. Estrechaba contra su pecho a la muchachita, y cuando estaban a oscuras porque no había dinero para luz se dormían las dos, como embrutecidas después de haber mojado en agua de azúcar algunos fragmentos de galletas o pan endurecido.

Sentía por aquella niña un amor que ella no había tenido entonces y hubo de ir donde algunos parientes de ella que querían quitársela. La defendió y casi suplicó que se la dejaran prometiendo muchas cosas para la chiquilla. De vez en cuando llegaba del campo un viejo tío, casi decrépito, un viejo vendedor de sogas y monturas de paja, y ella le buscaba pantalones y camisas para tenerlo contento. El viejo besaba a Puchita, y se volvía al campo de donde bajaba pocas veces. Colina sirvió en muchas casas, cuidaba niños e iba otra vez a las tiendas como cuando era una chiquilla. Después, aprendió a coser y planchar, podía pagar su cuar-

to y vestir a la chiquilla. Soportó mucho, combatía sus nervios para no comprometer el salario, y se admiraba ella misma cómo dominaba su carácter violento y había alejado de sus labios las palabras groseras y los refranes. Hablaba con calor cuando se quería abusar en su presencia de alguna muchacha, y apostrofaba duramente a los que hacían esos abusos; decía que, si no se abandonase en la calle a tantas muchachas enseñándoles a pedir limosnas y ser desde chiquillas unas sinvergüenzas, no habría tanta mujer desgraciada, y que los hombres hacen de las pobres muchachas que engañan, mujeres perdidas enseñadas a ser malas y borrachonas. Cuando se sentía abatida y como fatigada de la lucha con ella misma, acudía donde el honrado albañil Carré, y le contaba sus dudas y sus temores, le preguntaba una porción de tonterías, y el obrero la alentaba a continuar en la senda que se había trazado, y la necesidad de dominarse y sostener siempre la lucha contra el vicio que denigra y el desorden que avergüenza. ¿Era cosa de retroceder ahora después que había caminado tanto, después que se había propuesto vencer y no dejarse abatir por la lucha? No, tenía alientos, quería tenerlos y trabajaba para su hija que veía crecer reformada y bella. Puchita crecía, al principio algo enferma, delicada y caída como si le faltase calor, vida. Después, empezó su cuerpo de mujer a desarrollarse y empezó esa época feliz para la pobre niña salvada a tiempo de la deshonra y la infamia.

Crecía, crecía hacendosa y buena y Colina miraba orgullosa su obra como si aquella chiquilla se hubiera agitado en su vientre. Ya las gentes no la motejaban, ni dudaban de su buen deseo, todos ellos no podían creer que ella, la mujer perdida, escándalo del pueblo, se detuviese de pronto en el torbellino y quisiera salir de él, salvando a la vez de la desgracia una infeliz chiquilla donde vio reflejada su vida de desorden.

Ella no era mala; la ráfaga del mal la aturdió, pero conservó inconsciente algún fragmento que la llenó toda cuando sintió la fatiga de aquella vida aborrecida. ¿Había hecho mal arrepintiéndose, volviendo la espalda al torbellino, a la locura, al vicio? ¿Por qué no había de querer ser buena? ¿Era ella acaso alguna bestia hecha siempre para eso? Esa era su victoria, y estaba orgullosa; no retrocedería jamás, nunca.

Una noche sintió que alguien se quejaba cerca de su cuarto, y llamó a Puchita; los quejidos continuaban acompañados de exclamaciones. No pudo contenerse; se vistió a prisa, echó sobre los hombros un abrigo de lana y salió a la calle. De al lado de una casa de madera, cuyo balcón había sido derribado para reformarle, salían los quejidos; Colina llamó fuertemente y pasó mucho tiempo hasta que sonó el pestillo de la puerta que se abrió lentamente. Ella y Puchita entraron; sobre la cama hecha de maderas gruesas, un catre antiguo

de pilares torneados cuyo modelo se conserva aún, se agitaba un hombre oprimiéndose con fuerza el vientre. Tenía los ojos hundidos y la boca contraída. La luz, una vela de esperma embutida en la boca de una botella, se consumía sobre un velador lleno de cachivaches. Aquel hombre tenía un cólico. Colina corrió a su cuarto y trajo semillas curativas y algunos líquidos. Hizo beber al enfermo un licor y puso en el vientre un emplasto. Puchita sostenía la luz. El hombre se calmó al fin y pudo hablar.

—Gracias —dijo—. Creo que me hubiera muerto aquí solo, si no llega usted.

Se incorporó un poco sobre el lado izquierdo para seguir hablando. Era un hombre de fisonomía vulgar, tenía las manos gruesas y el aspecto de hombre acostumbrado a las fatigas del trabajo. Tenía la barba corta, descuidada, y el bigote caía a los lados de los labios gruesos. Colina le hizo acostar de nuevo y siguieron hablando un poco. Ella decía que había debido llamar antes a cualquiera si necesitaba algo, y que era muy peligroso estar así tan solo en una casa expuesto a una desgracia.

—Sí —decía él—, lo sé..., no debe estar uno tan solo.

—Bien —contestó Colina—, nos vamos. Si se le ocurre algo yo vivo aquí cerca.

—Ya, ya sé —contestó con ligereza él—, ya sé dónde de usted vive; la puerta yo la cerraré.

—Buenas noches.

—Adiós, señora, gracias.

El hombre fue días después a casa de Colina y quiso que ella aceptara un recuerdo suyo, pero ella no aceptó, entonces él dijo que se llamaba Santiago Golmán, y que ellos se habían visto muchas veces. Santiago era un hombre de trabajo, y siempre andaba por el campo en algo que pudiera ganar algún dinero. Era rudo, pero no parecía mal hombre; un poco dado a echar un trago con los amigos y marearse un poco a veces, pero sin escándalos porque eso, decía él, denigraba y era feo. Santiago tenía dos hermanas, una de ellas se había casado con un mayordomo de finca y la otra, algo vieja y solterona, vivía con ellos, pero Santiago pocas veces pasaba por allí porque sus hermanas eran, como él decía, muy encopetadas, y a él le gustaba la democracia, palabra que empleaba siempre en todas las ocasiones. Apenas sabía leer, y escribía de modo infame; revendedor y negociante en pequeño, se iba todas las madrugadas muy arriba del camino a comprar lo que pudiera dejar beneficios. Siempre vivía solo porque él decía que las mujeres eran estorbos y daban qué hacer. En su casa, en el cuarto donde guardaba sus cargas, paquetes de leña y sacos de carbón, tenía los setos llenos de rayas hechas con carbón, únicos números que empleaba en sus cuentas.

Santiago había rodado mucho hasta ser siquiera negociante en aves y tener su puesto de carbón y montones

de leña seca; rudo, acostumbrado siempre a la aspereza, creció y llegó hasta allí algo egoísta y dado a esconder demasiado los ahorros. Sólo se había emborrachado una vez en su vida, un día de su santo que quiso festejar en su alegría a los vecinos de la calle. La fiesta duró hasta muy tarde en la noche, cantando, bebiendo y bailando todo el que pasaba por allí. No era la casa bastante a contener tanta gente. Santiago se gastó aquel día, contra su costumbre, algún dinero. Vinieron músicos de guitarras e instrumentos de cuerdas que alegraron la calle con sus alegres murmullos. El baile fue animado y se vaciaron muchas botellas de ron; duró la alegría hasta muy tarde y era cosa de ver a Santiago, con los ojos enrojecidos, el bigote caído, sin poder apenas hablar porque la lengua pesada se negaba, diciendo torpemente:

—Soy demócrata, soy demócrata, aunque se caiga el mundo.

El revendedor tenía una borrachera atroz y fue necesario acostarlo porque quería seguir bebiendo. Por la mañana cuando despertó de su letargo, Santiago se sintió asqueroso y hediondo; había dormido sobre el charco de sus vómitos, y el estómago estragado le molestaba.

Desde entonces juró no volver a hacerlo, y casi se avergonzaba cuando le recordaban aquella bárbara borrachera, y desde que tenía amistad con Colina se ocupaba en

no aparecer sucio ni descuidado delante de ella. Algunas veces, de noche, se acercaba a la puerta de sus vecinas y se detenía en ella, ya que Colina no lo invitaba a subir, y se estaba largo rato charlando, diciendo tonterías sólo por estar allí hasta que los vecinos empezaban a darse las buenas noches y la calle quedaba silenciosa. Entonces se marchaba, muchas veces cuando Colina cansada de oírle hacía esfuerzos por dominar el sueño. En algunas ocasiones le decía que se conservaba bien, y que se conocía había sido muy bonita, y que sí se encontraba bien viviendo así tan alejada del mundo ocupada solamente en aquella muchacha. Una noche, Santiago hablaba con ella, de las mujeres, y su charla ofendió a Colina que se echó a llorar; fue una grosería del revendedor, una torpeza que él se apresuró a remediar, aunque tarde. Él le había recordado su pasado y dudado de su vida de arrepentimiento. Eso entibió algo la amistad porque Colina estuvo bastante seria con el revendedor muchos días, y él trató de remediar su imprudencia. Seguramente que eso le sirvió de advertencia y comprendió que aún había delicadeza en aquella mujer que se había purificado en el arrepentimiento sostenida algunos años sin haber querido volver al charco del desorden. ¿Acaso no era ella una mujer hacendosa, tranquila y buena? ¿Qué tenía de extraño que se hiciese querer de alguien, que le hablase con formalidad? Santiago recordaba su auxilio la noche

de su cólico y le mortificaba haberla hecho llorar porque él ignoraba su delicadeza.

El vivía solo y ella lo había cuidado. ¿Por qué no habían de amarse? ¿Acaso él no la quería? Se atrevió un día, y se lo dijo; se lo dijo como pudo, tratando de vencerla, de hacerla creer en su cariño, advirtiéndole de la necesidad que él tenía de una compañera, ya que vivía tan solo y podría sucederle alguna desgracia como la de aquella noche.

Debíale ese favor y nadie como ella lo cuidaría cuando lo había hecho sólo por buen corazón. Colina no aceptó, no quiso de ningún modo, y el revendedor insistió muchas veces como si la negativa enardeciese el deseo de poseerla. Colina estaba joven, tenía el cuello redondo, los hombros y la espalda llenos de carne; el talle algo corto, pero los pies pequeños cubiertos siempre por zapatos de piel amarilla; el pelo castaño, los ojos algo fatigados, pero ella se reía con gracia y hacía olvidar la fealdad del cutis lleno de pecas y la falta de algunos dientes. Andaba con gracia, airosa, moviendo a compás las caderas y taconeando la acera ligeramente.

Un domingo, Santiago le habló con más calor del que acostumbraba, y dijo que él era un hombre honrado, aunque rudo, pero que él iba de buena fe porque ella se había hecho respetar y era buena, que él la quería y que, si ella no deseaba ser su querida, él podía casarse; se

casarían porque era mejor, para vivir como se debe, con amor y trabajo, y ya que él quería una compañera y ella lo aceptaba por marido, se casarían. Colina lo escuchó con la cabeza baja, doblando y estirando como distraída los ribetes de la chambre, y al fin respondió que lo pensaría, que esas cosas deben verse con calma; él, más que nadie, porque los hombres se arrepienten luego cuando ya no hay remedio y la pobre mujer luego es quien sufre el desengaño, porque está obligada a soportar los malos tratos del marido que se vuelve mal hombre cuando no quiere a su mujer, cuando está cansado de ella y sólo hace atormentarla, matándola a disgustos. Además, ella era honrada y estaba cansada, fatigada, se sentía feliz, sola con su hija, estaba tranquila y no era cosa de renunciar a la paz que disfrutaba para tener luego que llorar de nuevo. Santiago prometió hacer cuanto ella quisiese porque él —decía— sentía ahora lo que por ninguna mujer había sentido y que, desde la noche que ella lo asistió, él no había podido olvidarla y la quería cada vez al verla tan recogida y tan tranquila, cosa que debía premiarse y que debían hacer todas las mujeres que son desgraciadas.

Hablaron mucho, Santiago más que ella; el revenedor hablaba de su carácter, de como era él; un hombre *quitado de bulla* que estaba por su trabajo nada más, y que ellos dos como pobres vivirían tranquilos sin saber la suerte hasta dónde podría llegar; eso sí, le gustaba

que se hiciera lo que él mandaba, aunque mandara mal; dejándolo hacer, ya estarían siempre contentos y sin disgustos que acaban con la alegría de la casa, con la recompensa de los pobres que sólo se casan por amor y hacen la felicidad comprada con su pobreza. Luego se separaron; él volvió a exponer sus deseos honrados y ella se alejó pensando en aquello. No pudo evitar que le quitara un poco el sueño lo que Santiago le había dicho, y sentía que una cosa extraña como una alegría nerviosa le llenaba el corazón. Dio muchas vueltas en la imaginación al asunto, y pensaba si llegaría esa felicidad que ella no había soñado. ¿Sería ése el premio de sus dolores pasados y su hondo sacrificio sostenido con fe y valor? ¿Es decir que su honradez y su vida presente purificada en el trabajo la habían indultado de su pasado, preparándola para una vida futura de ternura y paz en el hogar santificado por el amor? Ella recordaba a una de sus antiguas compañeras de alegrías, una mozuela de rostro algo bello estropeado por los hoyuelos de las viruelas, una chica de genio vivo a quien llamaban La Pompadour, que después de muchas locuras, haberla llevado a la cárcel muchas veces borracha en los bailes de máscaras y cansada de recibir golpes y heridas, una noche dijo que no quería más, que se iba a vivir con un hombre y que no la verían en mucho tiempo, besó a las amigas, se llevó sus trapos y se fue; hasta algún tiempo después

que se supo estaba casada y vivía tranquila y bastante feliz, porque había encontrado un buen hombre que la quería mucho y ella había escuchado sus consejos. ¿Por qué no había de casarse ella también, que se sentía más grande que La Pompadour? Se durmió, se durmió al fin pensando en ello, y por la mañana cuando despertó para ir a la casa en que estaba colocada, dio a Puchita unos besos, y le pareció que se sentía con más fuerza para aquella niña, con más amor para aquella criatura que había arrebatado al fango humano, del crimen y el desorden. Se acordó de Carré porque quería consultarlo con el honrado albañil que siempre la había aconsejado bien, esforzándola a que continuase su vida de regeneración. Carré le diría lo que debía hacer.

Buscó al obrero por todas partes, pero tuvo que esperar a que transcurriese la semana porque él estaba trabajando en el campo y hasta el sábado no lo vería. Pasó cuatro días de espera, hasta el domingo, y corrió hacia él en cuanto lo divisó. Le refirió, algo emocionada, su proyecto, y le pidió su parecer. Carré la escuchó con atención y sonriéndose de vez en cuando, porque ella estaba contenta; se le reflejaba la alegría en el rostro. Hablaron algún tiempo y Carré dijo que vería al revendedor, ya que ella le pedía su protección.

Algunos días después se fijó el día de la boda y empezaron algunos preparativos para arreglar una casita y

comprar lo que se pudiera. Santiago estaba contento, y una noche que Carré estaba en presencia de todos, el revendedor habló del día en que había de bendecirles el sacerdote. El albañil aprovechó la ocasión para hacerles comprender las ventajas del matrimonio civil, más moderno, más en armonía con las leyes de la libertad.³⁵ Les dijo que, desgraciadamente, no tiene la mayoría de las gentes, dominadas por ideas absolutas, otra idea del matrimonio civil más que un concepto muy poco progresivo, y que, en este moderno enlace no se atan eternamente ante el mundo a los que

³⁵ El tema de la moral y el matrimonio en los albores del siglo xx ha sido investigado por Eileen J. Suárez Findlay en su citado libro *Imposing Decency: The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920* (Durham, Duke University Press Books, 1999). En el capítulo 4, "Marriage and divorce in the formation of the new colonial order, 1898-1910" (pp. 110-134), ésta analiza la posición de los sectores obreros sobre el matrimonio, así como la imposición de una nueva moral por parte de los Estados Unidos. Los grupos marginados tuvieron diversas conquistas sociales: el derecho al divorcio, al igual que la ley de ocho horas de trabajo, el juicio por jurado y el derecho al *habeas corpus*, las cuales eran reformas que no fueron producto de la bondad, sino conquistas de las luchas de los puertorriqueños. La representación textual de Pedro Carré refleja la postura de los grupos obreros que cuestionaban los controles de la Iglesia sobre sus vidas. En otra de las obras de Levis, *Planta maldita* (1906), hay una extensa discusión sobre la moral, el matrimonio y el divorcio.

están desatados ante las leyes del amor, único lazo que debe dominar; una ley que no impone, ni obliga. De ese modo —decía el obrero—, no se abusa de un derecho del que ambos casados pueden hacer uso; se tiende a respetar más la mujer, parte débil a quien siempre el derecho del hombre, el más fuerte siempre, obliga a soportar las consecuencias de su dominio sin ley que la ampare, sin razón que la cobije, atados ambos de un modo que no concuerda ya con las leyes evolutivas del progreso humano, a soportar toda la vida la fatalidad de una ley que no admite rectificaciones y sentir las amarguras de una separación que a ambos ridiculiza, que a ambos humilla. El amor —continuaba el albañil— es el único que puede atar eternamente a los que unen sus destinos; fuera de esa ley, nada debe obligar a los que han dejado de amarse, y es necesario rectificar la institución que sólo a la muerte soluciona sus decretos haciendo gravitar sobre la mujer las consecuencias de un enlace desgraciado; rectificar el decreto que no da a ambos el derecho a la libertad, derecho a que tienen acción todos los seres humanos. El obrero siguió hablando con calor del mismo asunto, trayendo a colación el deber a los hijos y cómo la ley los defiende en casos de planteamiento de mutuo rompimiento. Santiago hizo algunas preguntas a Carré defendiendo su opinión, pero al fin el revendedor comprendió las verdades y confesó su ven-

cimiento. Colina no había despegado los labios y oyó con respeto las palabras del albañil.

Al fin llegó el día de la boda. Allí estaban los padrinos, parientes de Colina, y algunos amigos de Santiago. Carré asistió como testigo, como si quisiera gozarse en aquella dicha a la que él había contribuido. Ambos novios estaban contentos, y cuando fueron camino del juzgado, Colina bajaba los ojos sin atreverse mirar a los transeúntes que se paraban a ver pasar la comitiva. En el juzgado hubieron de esperar a que despachasen otros novios, otra comitiva, pero numerosa, que hacía gala de su alegría y que pasó por el lado de Colina y Santiago envolviéndolos en atmósfera perfumada.

Luego los llamaron y adelantaron hasta el juez, un hombre de rostro terso y ojos azules, rodeados de un círculo amoratado. El juez dijo luego:

—Quedáis unidos en matrimonio civil.

Salieron; las gentes, los desocupados los acompañaron hasta la casita y ya allí se entregaron a la alegría. Se bebió el chocolate de rigor, y luego se almorzó. Después empezaron a circular los vasos llenos de ron y llegó la música, instrumentos de cuerdas y una sinfonía que trajo un vecino de al lado, con lo que completó la orquesta. Santiago quiso brindar por sus bodas, pero sólo consiguió decir que era demócrata, y que daba una viva a la democracia, y para desquitarse de su torpeza abrazó a su

mujer delante de todos los concurrentes, prometiendo quererla mucho si lo dejaba emborracharse en celebración de su matrimonio. Todos estaban alegres y se reían de los movimientos de Santiago que manifestaba de modo exagerado su ánimo alborozado. Colina procuraba contener a su marido de modo cariñoso, evitando se embriagase, pero hubo de dejarlo. Santiago estaba jadeante, sudoso, y bajo los brazos, y en la espalda, la chaqueta de dril blanco estaba húmeda de sudor. El baile siguió hasta hora tarde en la noche, y los convidados y los que se habían introducido sin permiso tras del baile y los licores empezaron a despedirse deseando a los casados muchas felicidades y que se quisieran mucho siempre. Santiago respondía con la lengua pesada, y miraba con ojos que revelaban su estado. Colina daba las gracias sonriéndose y daba el brazo a su marido para sujetarlo. Cuando salió el último concurrente y la recién casada cerró la puerta, mientras los invitados se alejaban hablando en voz alta, pisando la acera, y se escuchaban aún algunas notas de los instrumentos punteados en medio del silencio de la noche, Colina corrió donde su hija y la besó con amor, en los ojos, en la boca, en la frente, besó los brazos de aquel pobre ser a quien tanto adoraba, y se echó de rodillas sobre el suelo y movió los labios mientras lloraba. Oró sollozando de alegría, pensaba en Dios a quien enviaba la alegría de aquellas lágrimas, oración sagrada, plegaria brotada del fondo de un

alma, espíritu que parecía decir con voz que llenaba toda la belleza de un triunfo: “Gracias, Dios mío”.

Después enjugó sus lágrimas y fue donde Santiago que tenía la cara cubierta de sudor, la camisa ajada, el pelo desgredado, las piernas estiradas y los brazos caídos; roncaba mientras el quinqué parpadeaba y chillaba la mecha reseca posando el misterio de la noche sobre los humanos, la majestad del silencio.

Los años habían transcurrido sin zozobra ni grandes inquietudes. Ella había conseguido de Santiago hacerlo menos rudo y, al cabo, el revendedor se acostumbró a ver en su compañera algo que lo reprendía cariñosamente y él comprendió que era una felicidad que no había soñado. Al principio tuvieron temores; ella hacía esfuerzos por endulzar con demasiada precipitación a su marido, que era un buen hombre, pero bastante tenaz. Carré los aconsejaba siempre que tenía ocasión, y ellos acabaron por amar al honrado albañil como si fuese padre que tenía derecho a reprenderlos. Puchita había crecido. Ya no era la muchachita pálida y enflaquecida que mendigaba por las calles. Ahora era una moza completa, una señorita que sabía coser muy bien y que era muy trabajadora. Era bonita, demasiado pequeña la nariz, pero los ojos hermosos, la boca preciosa, los labios rojos y sus hoyuelos que desde niña la hacían bella, eran ahora un encanto en su rostro suave. Sabía escribir bien y leer bien y tenía sobre Santiago y

Colina tal vez demasiado dominio porque para ellos sus deseos eran cosa hecha.

Ellos no estaban viejos, pero algo fatigados sus rostros, y el talle de Colina demasiado grueso llenaba toda la espalda y el vientre como mujer que engorda sin la esbeltez del cuerpo.

Santiago se acostumbró a ver en la niña su hija; ellos no tenían hijos y habían dedicado a Puchita todo el amor de padres. Muchas veces de tarde, cuando el revendedor traía sus cargamentos y veía a Puchita sentada en la salita rodeada de niños a los que enseñaba a leer, el rudo industrial la miraba con alegría y la besaba. Puchita se echaba a reír enseñando sus dientes pequeños y limpios.

Era casi feliz la huérfana. Colina la había alejado algo del mundo, temiendo como un avaro por su tesoro, pero se declaró vencida ante la exigencia de los afectos, ante las leyes del corazón. Puchita amaba; ella se lo dijo un día con timidez y Colina sintió al escucharlo una emoción que no pudo disimular, y al contarlo a Santiago temblaba la voz como si tuviese miedo. Al principio estuvieron algo serios con la niña como si tuviesen celos de su novio, un muchacho hijo del tendero de la esquina, un mozo llamado Javier Lacroix. El padre, Eugenio, un amo de tienda, hombre de negocios que había heredado de sus familiares el temperamento comercial y orgullo de la familia, era oriundo de franceses que vivieron algún tiem-

po en el país. Eugenio Lacroix, viudo hacía años, no tenía más hijos que Javier y pensaba enviarlo al país de sus padres. Él quería hacer de su hijo un sabio, y oprimía demasiado al muchacho haciéndolo leer libros inútiles, y estudiar sin orden ni medida porque creía saber bastante para ello. Lacroix adoraba a su hijo ciegamente, y sus exageradas atenciones y demasiadas preocupaciones chocaban con aquel organismo de muchacho nervioso, demasiado hablador e inquieto.

Javier era un fanático corredor de bicicleta. Su máquina, una Naumann magnífica, estaba siempre reluciente, limpia, con gomas nuevas, timbre correcto, cascabeles que sonaban cuando la máquina pasaba sobre las piedras o saltaba sobre un obstáculo. Javier con la cara roja, encorvado sobre la Naumann dado furiosamente a los pedales, pasaba volando por las calles como dominado por la fiebre del ejercicio. El muchacho lucía sus piernas redondas, gruesas, cubiertas por medias de colores oscuros.

Era un buen mozo, un entusiasta que tenía un montón de camisas y gorras de ciclistas, y que hacía buena figura sobre la bicicleta, vestido con el pantalón corto, ancho, sujeto a las rodillas por lazos de seda negra.

Lacroix, el padre, lo amenazaba con quitarle su bicicleta el día que le diese un disgusto llegando con la cabeza rota, y lo regañaba, con la voz recia, moviendo la barba larga, cenicienta, bajo una boca de labios gruesos,

resecos, cortados por el uso del licor. Lacroix tenía cara de borracho.

Una tarde, Javier pasó sobre su máquina y sonó el timbre frente [a] la casa de Puchita. Ya conocía ella demasiado cómo sonaba el timbre de la bicicleta de su novio. Puchita salió a la puerta y esperó, hasta que Javier volvió a pasar y le dijo que vendría a la vuelta a hablar con ella. Él venía algunas veces porque Santiago había acabado por permitir que viniera, pero no mucho, porque sabía demasiado quién era Lacroix, y precisaba ir con cuidado y tiempo hasta ver si aquellos amores no eran cosa de muchachos. Santiago decía que no eran demócratas como él para ciertas cosas. Javier llegó, rodó su máquina sobre la acera y se acercó a Puchita que lo miró con ternura.

—Lo que tengo que decirte —dijo Javier— es grave; ¿dónde estaremos solos?

—En el patio —contestó Puchita.

—Ven, que te espero.

Ella volvió y se detuvo frente a él que estaba sudoso y fatigado. Se sentaron sobre un tronco, y Javier se limpió el sudor que corría sobre su rostro. El patio, un patio húmedo sembrado de matas de plátanos y mangos, el sol penetraba pocas veces sólo cuando se quitaban algunos ganchos a los árboles; un patio fangoso casi siempre. Matadero de cerdos que sacrificaba un viejo

compadre de Santiago para vender carne los sábados. Debajo de los árboles, atados a los troncos, siempre había dos o tres cerdos echados en la húmeda tierra, escarbando; masa de carne temblorosa que gruñe y se harta groseramente hundiendo los hocicos en las vasijas llenas de agua sucia, grasosa, y cáscaras de plátanos que mascan mientras producen sus inarmónicos y ásperos gruñidos.

Al fondo, hecho de yaguas, tablas de cajones y jeníquén, había un rancho levantado sobre el suelo. Allí vivía la vieja lavandera Ma Lalá, que había acabado por inyectarse morfina y estaba llena de llagas. Aquella carne, antes tan grasosa, había enflaquecido, y echada sobre unos trapos en el suelo, se acababa aquella materia que parecía un espectro.

Junto a la empalizada, una hilera de tablas que empezaban a podrirse, hablaban Cristina, la mujer de José Canastas, y el perdido de Alberto.

Todo el mundo sabía que Cristina le regalaba pañuelos a su amante y que se iba a charlar con él donde pudiera, en cualquier rincón. Ahora ella hablaba con calor moviendo mucho los brazos, y Alberto miraba el patio húmedo escarbando con sus pies la tierra. Puchita miraba a Javier como si temiese algo, mientras él liaba un cigarrillo. El muchacho no sabía empezar la conversación. Ella le dijo:

—Bien. ¿Qué pasa?

Ella lo miraba como si quisiera leer en sus ojos. Le había entregado de una vez todo el calor, toda la vehemencia de su amor primero.

Para él eran sus pensamientos, sus deseos, su vida toda, si él la hubiese querido. A su presencia, le latía fuertemente el corazón como le pertenecía ya todo lo que formaba su ser. Creía que nada ni nadie podía disputarle esa dicha, y soñaba su futuro panorama de alegría. En su alma de niña inocente, pensando en él, sonriéndose sola cuando el mariposeo de la juventud se agitaba en su cabeza de mujer que amaba, no había dado paso a la más ligera sombra que empañara el horizonte. Lo veía llegar convulsiva, la cara roja como si una ola de sangre subiera hasta ahogarla; hablaba con él, alegre, sonreída, nerviosa, mirándolo fijamente queriendo beber sus palabras y ser de él un pedazo de su carne para hacer un sólo tronco de los dos. Para él se engalanaba, y delante del espejo, mientras agrupaba sus cabellos y llenaba su rostro de polvos de arroz, miraba la cajita donde guardaba sus cartas, las cartas de él, que besaba a escondidas cuando se encerraba sola para leerlas una vez más, se miraba en el cristal, joven, alegre, feliz, quitándose un lazo para ponerse otro, variando de adornos como si temiese no estar bastante bella en su presencia, como si no bastasen todas sus galas para que él la viese hermosa, y se peinaba y despeinaba haciendo mohines de disgusto, pi-

sando el suelo duramente con los tacos de las zapatillas, todo porque no se encontraba bien.

¿Dónde se habían visto por primera vez y por qué se habían querido? Bastó un instante, un segundo, lo que dura el relámpago de una mirada donde se vacía todo el calor de un amor que brota como si sólo esperase la chispa. Fue una tarde en que Javier pasaba encorvado sobre su máquina y un caballo se echó sobre él sin que el jinete pudiera contenerlo. Él fue empujado al suelo y la bicicleta cayó sobre las piedras estropeándose. Puchita dio un grito y estiró los brazos como si ella hubiera podido contener la desgracia. Javier estaba pálido y se había magullado las rodillas y la frente. Puchita hubiera querido hablarle, preguntarle, ofrecerle algo y estaba inquieta como si fuese su carne la que se hubiera herido. Las gentes habían acudido aglomerándose, y Javier después de haber observado su bicicleta, la rodó un poco sobre las piedras y cayó sobre el sillín sin poner los pies en los pedales. Era un valiente ciclista, un chico de piernas recias que hubiera podido disputar con el más infatigable. Él la miró al pasar como se mira cuando el corazón toma parte, y ella le envió, también al verlo, toda su alma. No necesitaron más; ya era bastante y casi sin hablarse, sin decírselo, se amaron con toda la sangre de la juventud como si se hubieran querido siempre, como si hubieran vuelto a encontrar-

se, como si se estuviesen buscando ha tiempo, como un afecto que vuelve a confundirse interrumpido desde otro tiempo. Se amaron mucho desde el principio y ella sentía a veces que ese amor le llenaba todo el pecho, cómo la ahogaba, como si fuera tan grande que no cabía en ella. Hubiera sido capaz de consagrarle toda su vida y ser su esclava para no perder su amor; le hubiera dado sus alientos para disputarle, y ante la dicha que para ellos había forjado, sonreía como si todo debiera contribuir a respetar sus afectos, como si nadie se atreviese a contener el desborde de aquel corazón que tanto amaba. Aquella tarde lo vio triste, preocupado y como si no se atreviese a hablar. ¿Por qué callaba? ¿Qué era lo que iba a decir? Se miraron, y él dijo:

—¿Me quieres mucho?

Ella se sonrió, pero de ese modo cuando los labios se pliegan que no admite duda la expresión, como dijese en esa sonrisa todo lo que las palabras no fuesen bastante a expresar.

—Mi padre —dijo él— no quiere que yo te quiera.

—Que no me...

Ella no dijo más porque sintió una cosa en la garganta que la ahogaba; como si una mano la oprimiese. No querían que él la quisiera.

¿Por qué? ¿Qué había hecho la pobre huérfana para que así la atormentasen? Se había puesto muy pálida y

la pena se pintó en su rostro. También Javier miraba al suelo como el pillastre de Alberto Carriche. Eran ahora dos grupos de amantes puestos frente a frente, dos grupos donde hervía la pasión. Aquellos dos canallas de la empalizada hablaban también emocionados y él también tenía la cabeza baja. Era una página de luchas de sentimientos que tenía por escenario el patio, donde hociaban haciendo fango los cerdos gruñones al lado del sucio bando, donde daban el último chillido cuando la sangre se escapaba a borbotones de la herida; un escenario cubierto de tierra de color moreno, húmedo, que exhibía al fondo el rancho de techos de jeniquén, donde Ma Lalá, una carne llena de llagas, flaca, montón de pellejos asquerosos, se quejaba echada en un sucio catre. Javier daba vueltas a su gorra de ciclista, entre las manos, mientras su novia lloraba hablando con voz que alteraban sus sollozos. Decía que era una crueldad, como si ella no pudiese amarlo tal vez porque ella era huérfana y pobre. ¿Acaso el amor no los hacía iguales? Y luego, ella pensaba en que no sabían cómo quería a aquel muchacho por el que haría el más grande sacrificio. ¿No podía ella tener un novio así porque ella era huérfana y había sido recogida en la calle por una mujer pública? ¿No valía nada su nueva vida y la regeneración de quien la había salvado de ser luego otra mujer de la calle, otra flor del pantano, arrugada luego y mustia por

la grosería mundanal? No podía ser eso así, ella necesitaba saberlo todo, necesitaba arrancar de sí lo que la estaba matando, aquella cosa que la hubiera ahogado. Miró a su novio a través de las lágrimas que brotaban, lo miró hambrienta y le dijo:

—¿Y tú, eres capaz de no quererme ya?

—No —dijo Javier—, nunca; te juro quererte siempre.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

Volvieron a mirarse con amor y siguieron hablando; hablaron de sus proyectos, de cómo harían para convencer a su padre, de que se casarían porque se amaban mucho y no querían ser felices uno sin el otro, se enviaban sonrisas y volvieron a tranquilizarse, a sonreírse con esa sonrisa de la juventud dichosa. Se separaron luego, prometiendo verse pronto, y fuertes para hacer triunfar sus afectos. La tarde acababa, y un viejo que cruzó el patio cargando unos canastos miró a Cristina y Alberto que se apartaban de la empalizada y salían a la calle. Alberto iba preocupado, con la cabeza baja, y Cristina, aquella madre mala, que decía una porción de cosas cuando tenían hambre los muchachos, pasó de largo sacudiéndose el vestido y haciendo sonar sus chanclas sobre el patio. La tarde declinaba ya, triste.

La luz amarillenta del sol gravitaba como polvillo dorado sobre las casas, los árboles, reflejándose como

una llama en las torres de la iglesia del pueblo. El crepúsculo ardía como si corriesen sobre aquel pedazo de lienzo oleadas de bronce derretido. Montones de nubes violáceas ribeteadas de oro se agolpaban como gigantes misteriosos que miraban al sol que hervía allá abajo. Pinceladas extrañas, brochazos de la naturaleza abusando de la luz y el color; nubecillas cortas, extendidas arriba como una bandada de pájaros, sobre el sol, que parecía herir aquellas manchas cenicientas, ligeras, detenidas, y consumidas allí por la luz de fuego, confundándose luego con jirones de gasa rosácea que subían hasta esfumarse con el azul del cielo. Después palidicieron poco a poco los chorros de fuego, las nubes de ópalo. La luz vencida recogía su túnica de colores. Todavía allá a lo lejos, sobre los montes destacados por oscuro, luchaban con las sombras algunas pinceladas amarillentas, y después... nada.

La noche había llegado.

VI

En los días que se sucedieron al huracán, hubo apuros en aquel hogar. Como los campos habían sido arrasados, y todo estaba interrumpido, era difícil ganar algo. Santiago tenía mal humor, se agrió su carácter porque no había modo de hacer el negocio ni trabajar en nada. Hubo verdaderos días de privaciones, de sustos, y Colina tuvo muchas veces que calmar la desesperación de su marido. Había llegado a quererlo mucho porque era honrado y buen hombre. Las rudezas de Santiago eran para ella motivo de suave reconvencción, y el revendedor acababa por reírse y abrazarla diciendo que le perdonara sus barbaridades. No había trabajo, era verdad, aquel estado de ruina había de durar algunos años hasta que volviese la tranquilidad a los hogares.

Los obreros con los brazos cruzados miraban con desesperación su estado, obligados por la fuerza a la holganza, queriendo trabajar. Era violento aquel estado porque, si no se llevaba a la casa algún dinero, tendrían hambre los muchachos y eso es tremendo, hace pensar cosas horribles.

Los hombres honrados paladean a veces en esos momentos el sabor de malas ideas.

Para los otros era más difícil. Las manos se han encallecido manejando el martillo o el palaustre; se consagró toda una juventud al andamio, al taller y si no se levantaban tablonos en medio de la calle y el taller paralizaba el trabajo, era cosa de dar vueltas por el pueblo, aburridos, tristes, sin saber qué hacer. Después de todo, era una amarga lección, una carcajada del destino a los que habían derrochado buenos jornales y ni siquiera habían construido una mala casa para agruparse ahora bajo su techo, y comer a escondidas y en silencio un pedazo de pan mojado en agua de azúcar caliente. Los días fueron muy amargos. Se tuvo hambre luego y los cementerios abrían sus bocas para recibir los despojos del aniquilamiento, de la carne mordida, atormentada, como piltrafas que amontonaba la muerte por escasez, por miseria, por hambre, como harapos amarillentos tirados a un rincón del cementerio. Un día un hombre murió en la plaza bajo los flamboyanes. La gente se agrupó alrededor de aquel tronco anémico que tenía al lado una vela, embutida en una botella. Los curiosos se alejaban de aquella cámara de la muerte, moviendo las cabezas y comentando. Aquello daba pena.

Era una ruda prueba que había de sufrir un pueblo bueno, nunca comprendido, nunca lo bastante amado.

¿Se sufría tanto para nada? ¿Llegaría la justicia al fin para ese pueblo sufrido, bueno, y laborioso? Era preciso tener fe o caminar como borrachos empujados, embrutecidos, dando traspiés por el sendero que trazara el destino. Se llega siempre a algo.

La privación y los temores se asociaban.

Donde había un grupo de hombres, estaba con ellos el fantasma de la turbación y el susto. La gente pobre se acurrucaba en sus harapos, y los brazos inactivos se cruzaban con fuerza, como apretando el pecho por donde corre el sudor en los días de trabajo.

Un grupo de obreros, albañiles casi todos, estaba a la puerta de Santiago el revendedor. Hablaban y gesticulaban. Decían que era preciso emigrar a otra parte, ya que ofrecían ocasión para ello, aunque fuese lejos. Se amaba mucho la tierra, pero había que abandonarla, acostumbrarse a no querer demasiado el pedazo de tierra que es la patria amada, en busca de bienestar, de trabajo.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Emilio Lebrón, entrando en la casa y sentándose sobre un banco largo.

Entraron todos, se sentaron como pudieron y la conversación siguió animada y violenta. Carré estaba entre ellos; se paseaba de un lado para otro, con las manos metidas en los bolsillos, y parecía estar también preocupado. Él no tenía apenas familia ya; se había quedado casi solo anhelando siempre la vida del hogar, la

vida de la familia, los afectos de los hijos. Desde que murió la madre, Carré sintió más pesada y asfixiante la soledad en que vivía, y muchas noches al entrar en su cuarto, el frío de aquellas cuatro paredes lo afligía. Tenía ya necesidad de los afectos de la compañera, pero las cosas se habían puesto malas y ahora él estaba allí entre sus compañeros, con las manos encallecidas metidas en los bolsillos, sufriendo más por los demás, porque él no tenía niños que le llorasen teniendo hambre...

Se hablaba de emigración, de los comisionados que buscaban gente para trabajar en lejanas factorías, se hablaba de que se reclutaba gente pagándoles el viaje, ofreciéndoles ocupación, porvenir, y en todos los labios estaba una frase: ¡Hawái, Hawái!³⁶

³⁶ El huracán San Ciriaco ocasionó que surgiera una emigración a Hawái, como ha documentado Carmelo Rosario Natal en su texto *Éxodo puertorriqueño (Las emigraciones al Caribe y Hawaii: 1900-1910)*, San Juan, Edil, 2001. Rosario Natal señala, mediante cita de la prensa obrera, que sus causas fueron “el hambre y el desempleo; la paralización general del trabajo; el letargo del comercio interior; la situación agónica de la agricultura, en especial la crisis del café; la contracción del crédito; los miserables jornales de los campesinos y un elemento sociológico”: la pérdida de la fe en la rehabilitación del país. Yolanda San Miguel ofrece el dato de que la empresa Hawaii Sugar Planters Association quería reemplazar a los trabajadores japoneses en huelga. Estados Unidos obligó a

—¿Dónde queda el Hawái? —preguntó Santiago.

—Lejísimo —dijo Lebrón—, allá donde Cristo dio las tres voces.

—Yo no voy a ninguna parte —volvió a decir Emilio, y se recostó al seto mientras fumaba un cigarrillo que había pedido a uno de sus compañeros.

Aquel día había llegado mucha gente para ir en la emigración. La fiebre se había apoderado de los que no ganaban un jornal, y la huida era el vértigo.

Carré se asomó a la puerta, miró la calle, y volvió a pasear de un lado a otro. No hablaba: sentía.

—Yo me iría a los mismos infiernos —dijo uno de los obreros.

—Yo prefiero el Hawái entonces —dijo otro—. ¿Crees que necesitan albañiles en el infierno? Es que estoy desesperado.

—Bueno, pero todavía no nos hemos muerto.

—Pero nos moriremos.

—Muérete tú; ya vendrán mejores días.

Hablaban excitados, diciendo que no encontraban

parte de los pobladores de Puerto Rico, otra de sus posesiones archipelágicas, a desplazarse a Hawái, no sin su protesta por las precarias condiciones en que tuvieron que viajar para poder tener trabajo. “Cartas del otro lado...: puertorriqueños en Hawaii”, *80 grados. Prensa sin Prisa*, 3 de diciembre de 2021. <<https://bit.ly/3rTKj0l>>, [consulta: septiembre de 2022].

qué hacer, y que, como a ellos, así les pasaba a los demás. Los talleres estaban desiertos, fríos, tristes, y los obreros daban paseos obligados, aburridos sin hacer nada.

¿Había que emigrar? ¿Había que buscarse el jornal en regiones extrañas? ¿Había que alejarse del rancho de yaguas construido allá en el monte, huir de la tierra querida que se había trabajado, huir atropelladamente, en montón, en racimos de carne flaca y pálida, tirados, hacinados sobre la cubierta de los buques como confusión de harapos, como suciedad mezclada, como miserias que se fusionan?

¡Al Hawái, al Hawái!

Y pasaron por la calle como embriagados, tal vez alegres, soñando en el bienestar lejano para volver al rincón querido, pasaron, caminando, empujados por la suerte, por lo desconocido como enorme interrogación que se agitase en el abismo.

¡Al Hawái, al Hawái!

Y la caravana pasó, dando la espalda como si huyera, pasó el racimo humano alejándose entre una nube de polvo...

Carré vio también aquel desfile y dijo con voz que temblaba, emocionado:

—¡Ve, pueblo, anda, ve, pueblo, camina! Ah, patria, rincón querido, fragmento bendito, ojalá que pronto brille para ti el sol de la justicia, que el trabajo y

el bienestar hagan de ti el jirón más feliz del universo, santificado por la democracia verdadera y la libertad bendita.

Era como un suspiro. Algo así como el bosquejo que continuamente punza la mente, anheloso de posar sus doradas alas sobre el altar de la verdad y el amor infinito, ante el que ha de arrodillarse la humanidad afligida.

Acá abajo, el eterno combate, la eterna lucha.

Los seres humanos revolcándose como gusanos, en la charca de la ambición, de los dolores, y las mentiras como montón podrido que insulta y escupe. Allá arriba, lo misterioso, lo que el alma fatigada y enferma pugna por comprender a veces intentando penetrar en la región de lo desconocido, una azulada concavidad llena de bellezas extrañas, y el sol paseando su disco de fuego, indiferente, alumbrando siglos y siglos las miserias del mundo.

NOTICIA DEL TEXTO

José Elías Levis Bernard publicó la edición príncipe de *Estercolero* en 1899 en Ponce, durante los años posteriores a la Guerra Hispanoamericana, casi finalizando el régimen militar y en medio de la creciente oposición a la presencia del poderío de Estados Unidos. Todavía imperaba la censura a los medios de comunicación y a la libertad de expresión. La segunda versión salió a la luz pública en el 1901 en Mayagüez. A esta obra le siguió *Mancha de lodo*, en la que Levis empleó los mismos personajes de la novela anterior y que fuera puesta en circulación en el 1903.

La versión de 1899 no fue muy trabajada estéticamente, pero, como señaláramos, el autor teorizó desde sus páginas sobre su relación con el naturalismo de Manuel Zeno Gandía en su obra *La charca*. Eran letras de emergencia debido al paso reciente del huracán San Ciriaco y al desasosiego suscitado por el nuevo gobierno de Estados Unidos implantado en la Isla en el 1898. La dedicó al pueblo y su venta a obtener fondos para las viudas y niños huérfanos. La segunda versión la elaboró más y se compone de dos capítulos adicionales: seis en

total. El periodista y autor de obras teatrales, el ensayista Tomás Carrión Maduro, prologó las dos versiones.

La investigadora Estelle Irizarry de Georgetown University reeditó ambas en el año 2008 acompañadas de un estudio crítico, ilustraciones artísticas y fotos. Tituló su trabajo *Las novelas El estercolero (1899) y Estercolero (1901)*. Para esta crítica, Levis Bernard rompió el silencio después de la invasión de Puerto Rico y, además, “fue el novelista que dominó toda la primera década del siglo xx”.³⁷ Señaló en su estudio que éste fue el primero en publicar una novela después de la invasión estadounidense. Fue un gran logro que se hiciera esta edición, aunque difiero en el énfasis en interpretar la obra a la luz de la idea de que este escritor sostenía convicciones judaicas, pues entiendo que profesaba un socialismo cristiano. Éste publicó el libro *La Semana Santa en Sevilla o Bajo el sol de España* en 1925, en el que demostraba sus creencias cristianas.

En ese mismo año (2008), la editorial de la Universidad de Puerto Rico publicó la edición de *Estercolero* de 1901, pues se consideró la versión definitiva, ya que Levis Bernard la amplió y desarrolló con mayor detalle tanto a sus personajes como el uso de su lenguaje. Esta reedición, preparada por Carmen Centeno Añeses in-

³⁷ Estelle Irizarry, *Las novelas El estercolero (1899) y Estercolero (1901)*, San Juan, Ediciones Puerto Rico, p. 11.

cluye un estudio crítico, notas al calce, una cronología, apéndices y fotos de su obra pictórica.

Novelas en la Frontera agradece a Carmen Centeno Añeses el permiso para editar el texto preparado por ella para *Estercolero* (San Juan, Universidad de Puerto Rico, 2008). Asimismo, reconoce su generosa colaboración en el desarrollo de la presente noticia y del Trazo biográfico de Elías Levis. En aras de la uniformidad de la colección, se adecuaron los criterios y parámetros para esta primera edición en línea de la novela de José Elías Levis.

JOSÉ ELÍAS LEVIS
TRAZO BIOGRÁFICO

José Elías Levis Bernard nació en Aguadilla, Puerto Rico, el 26 de marzo de 1871 y murió el 29 de mayo de 1942. Sus padres fueron Cayetano Levis, de ascendencia judía, y Antonia Bernard, de ascendencia francesa. Contrajo matrimonio dos veces: una muy joven con Bibiana Rodríguez, de quien se divorció, y luego se casó con Polita Suárez Vega, quien acompañó al autor hasta el fallecimiento de éste. No tuvo descendencia.

Se educó con su tío José Bernard, hombre letrado, además de asistir a la escuela pública del pueblo donde nació, pero no cursó estudios superiores debido a la pobreza en que vivía. A los diecisiete años se trasladó a Ponce donde le impacta el desarrollo de la ciudad y comienza su relación con el periodismo. Allí publica en *El Obrero* sus primeros artículos en el 1888. A los veintisiete años fue testigo de la invasión estadounidense a Puerto Rico como producto de la Guerra Hispanoamericana del 1898, hecho que marcaría todos los aspectos sociales, económicos y culturales del país, lo que se reflejaría en los artículos de periódicos, en su praxis literaria y en las representaciones discursivas de este autor.

La esfera pública a la que perteneció Levis Bernard fue muy heterogénea, ya que, aunque se desarrolló inicialmente en el ámbito del trabajo obrero como herrero, campo al que siempre estuvo vinculado, ocupó luego distintos cargos que facilitarían su relación con una diversidad de sujetos tanto pertenecientes al mundo letrado hegemónico como al periférico: escritores, artistas, obreros y políticos. Algunos de sus contemporáneos fueron los escritores Virgilio Dávila, José de Diego, Manuel Zeno Gandía, Trina Padilla de Sanz, Nemesio Canales, Tomás Carrión Maduro y los autores obreros, líderes sindicales y artesanos como Sotero Figueroa, Ramón Romero Rosa, Venancio Cruz y Luisa Capetillo.

Tras un año de la presencia estadounidense, en el 1899, Levis Bernard publicó la primera de sus novelas, *Estercolero*, dedicada al pueblo. El producto de su venta sería destinado para apoyar a las viudas y huérfanos víctimas del ciclón San Ciriaco que azotara a Puerto Rico ese mismo año. En el 1901 reeditó esta obra, la cual pulió y amplió. Su texto *Mancha de lodo* se dio a conocer en 1903 como una continuación de *Estercolero*. En ambas presenta la miseria generada tanto por la guerra como por el huracán. Su novela *Planta maldita* salió a la luz pública en el 1906. En el 1909 terminó de escribir *Vida nueva*, reeditada en el 1935. Fue el más destacado de los novelistas obreros y el único incluido en todas las

historias literarias de Puerto Rico. Como resultado de sus viajes y vínculos con escritores y artistas de España, en el 1925 publicó *La Semana Santa en Sevilla o Bajo el sol de España*, conjunto de ensayos y textos de carácter autobiográfico.

En el 1904 se desempeñó como administrador y director de la revista *Iris de la Paz*, de la Asociación de Espiritistas de Puerto Rico. En ese mismo año fundó en San Juan el semanario *Blanco y Rojo*, dedicado a las clases populares. Se convirtió en redactor de *El Heraldo Español* en el 1907 y en el 1915 fundó la revista ilustrada *Hojas de Arte*. Sostuvo estrechos vínculos con el mundo mediático del que fuera colaborador en el *Boletín Mercantil*, *La Correspondencia*, *La Democracia*, *Puerto Rico Ilustrado*, *El Imparcial*, *El Mundo*, *El Carnaval* y *El Gráfico*, entre otras publicaciones. Estas actividades han sido destacadas por Víctor Rodríguez Arvelo, estudioso de su obra. Otro periódico fundado por este escritor y pintor durante su estancia en Nueva York en el 1928 fue *La Patria*. Colaboró en *La Prensa* de esta ciudad y por igual, en el periodismo dominicano como redactor de *El Listín*. Durante su estadía en ésta impulsó la parada puertorriqueña y sostuvo estrechos vínculos con la diáspora de Puerto Rico.

En el 1912 comenzó a trabajar en San Juan como maestro pintor en el orfanatorio que fundara en el 1906

Manuel Fernández Juncos. En el 1913 fue nombrado oficialmente profesor de dibujo y pintura de este hogar de niños y niñas huérfanos. También se desempeñó como profesor de pintura y dibujo en las escuelas Román Baldorioty de Castro y José Julián Acosta. Asimismo, ocupó el cargo de director de las Bibliotecas Municipales y, de acuerdo con Conrado Asenjo en el libro *¿Quién es quién en Puerto Rico?* de 1934, fundó la Asociación de Periodistas de Puerto Rico. Su texto *Scripta Manent*, del 1923, revela que fue iniciador y secretario de esta importante entidad.

En el 1920 instituye y dirige la Escuela de Artes y Oficios en la Isla. Como primer maestro de la fábrica de juguetes en la Penitenciaría Insular demostró su compromiso con los confinados y los más pobres. Por su labor como gestor cultural, artista y periodista, según Asenjo, en el 1922 fue declarado miembro de honor de asociaciones de escultores, pintores y periodistas en varias ciudades europeas.

En el 1925 intercede para que Puerto Rico pudiera participar en la Exposición de Arte Hispanoamericano de Sevilla. Se opuso al régimen vigente de Estados Unidos que sostenía que Puerto Rico no podía tener representación en ella. Levis Bernard argumentaba que el país había tenido logros en las exposiciones de París, Ámsterdam, Viena y Chicago durante el siglo xix.

El interés por vincular escritura y práctica social, unido a sus creencias liberales, lo llevó a interesarse por las cárceles, los confinados, los obreros y los niños. En consecuencia, ofreció pláticas a los presos, población de menor educación. Dictó conferencias a los obreros con propósitos didácticos y así democratizar la educación, como hicieran Eugenio María de Hostos en República Dominicana y Pedro Henríquez Ureña en México.

Su inserción en un campo intelectual variado, en el que convivían socialistas, anarquistas y pensadores nacionalistas de distintos países latinoamericanos como México, Argentina, Chile, Cuba y República Dominicana signó su obra de forma relevante. En la segunda década del siglo xx viajó por Europa. Recorrió norte, centro y sur de América Latina con el fin de divulgar las artes gráficas puertorriqueñas.

Levis Bernard abogó especialmente por los niños y las mujeres. En honor a los primeros, escribió los artículos “Niños fumadores”, “Niños políticos” y “La fiesta de los niños pobres”. Defendió a infantes abandonados, que se convertían en “hampa de los barrios bajos, blanca inocencia y humanidad que se emborracha a los ocho años”. Como líder comunitario logró que se otorgaran juguetes a los más pobres el Día de Reyes. En el artículo “La mujer puertorriqueña”, publicado en el *Boletín Mercantil*, señala lo siguiente: “Todo cuanto

hagamos en beneficio de la mujer, trabajando por su prosperidad moral y material, será poco. Ella es la que más sufre [...] Trabajemos por ella; arranquémosla al crimen, al lupanar, al garito”.

Militó en el Partido Unión de Puerto Rico en los años en que este era dirigido por Rosendo Matienzo Cintrón, quien profesaba ideas independentistas y luchaba por la implantación de reformas sociales, el sufragio femenino y la educación pública en el idioma español. Durante su estancia en Estados Unidos, Levis Bernard trabajó a favor del establecimiento de instituciones dedicadas a la enseñanza del español. Defensor de este idioma y de la unidad del Caribe hispano, al que veía vinculado identitariamente, estableció lazos con las tres Antillas. Era admirador de Ramón Emeterio Betances, el líder más importante de quienes luchaban por la independencia de Puerto Rico en el siglo XIX. Entre su obra pictórica hay un cuadro de este médico y prominente amigo del cubano José Martí.

Perteneció al Press Congress World y a varias instituciones científicas, literarias y artísticas de Europa y de América. Por su obra literaria y pictórica, en adición a sus gestiones culturales, puede considerarse a José Elías Levis Bernard uno de los intelectuales más sobresalientes del Caribe y de Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XX.

Carmen Centeno Añeses

BIBLIOGRAFÍA

- Asenjo, Conrado, *¿Quién es quién en Puerto Rico?*, San Juan, Real Hermanos, Inc., 1934.
- Cabrera, Manrique, *Historia de la literatura puertorriqueña*, Río Piedras, Cultural, 1969.
- Centeno Añeses, Carmen, *Posmodernidad y resistencia: literatura obrera de Puerto Rico (198-1910)*, San Juan, Callejón, 2005.
- Delgado, Osiris, *Historia de la pintura en Puerto Rico. La gran enciclopedia de Puerto Rico*, t. 8, Madrid, TONSA, 1981.
- Levis Bernard, José Elías, “La fiesta de los niños pobres”, en *Boletín Mercantil*, 21 de diciembre de 1904, p. 1.
- , “La mujer puertorriqueña”, en *Boletín Mercantil*, 23 de diciembre de 1904, p. 1.
- Ramos Perea, Roberto, *Literatura puertorriqueña negra del siglo XIX escrita por negros*, San Juan, LEA/Ateneo Puertorriqueño, 2009.
- Rivera de Álvarez, Josefina, *Literatura puertorriqueña: su proceso en el tiempo*, Madrid, Partenón, 1983.
- Rodríguez Arvelo, Víctor, “José Elías Levis: su vida y su obra”, tesis de maestría, Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, 1964.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



Estercolero se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 12 de enero de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de LAURA AGUILA RIVERA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR Y JOSHUA CÓRDOVA.